

# LOS PASOS DE LACO

*Entrevista a Eraclio Zepeda Ramos*



*Mario Nandayapa*

Instituto  
Politécnico  
Nacional



# **LOS PASOS DE LACO**

*Entrevista a Eraclio Zepeda Ramos*



# LOS PASOS DE LACO

*Entrevista a Eraclio Zepeda Ramos*



*Mario Nandayapa*

Instituto Politécnico Nacional

—México—

*Los pasos de Laco*  
*Entrevista a Eraclio Zepeda Ramos*  
Mario Nandayapa

Primera edición: 2013

D. R. © 2013  
Instituto Politécnico Nacional  
Luis Enrique Erro s/n  
Unidad Profesional “Adolfo López Mateos”  
Zacatenco, Deleg. Gustavo A. Madero  
CP 07738, México, DF

Dirección de Publicaciones  
Tresguerras 27, Centro Histórico  
Deleg. Cuauhtémoc  
CP 06040, México, DF

ISBN 978-607-414-383-6

Impreso en México / *Printed in Mexico*  
<http://www.publicaciones.ipn.mx>

## CONTENIDO

<i>Continuum</i> discursivo a Eraclio Zepeda .....	7
Respuesta y bienvenida a Eraclio Zepeda a la Academia Mexicana de la Lengua.....	11
Los primeros pasos .....	17
Los pasos al lado de Elva Macías .....	25
Los pasos del viajero .....	31
Los pasos en el escenario .....	61
Los pasos por el indigenismo .....	79
Los pasos para el cambio .....	89
Los pasos del narrador .....	95



## CONTINUUM DISCURSIVO A ERACLIO ZEPEDA

Ramiro Ordóñez Gibson

ENTRE 1940 y 1960 el estado de Chiapas era una entidad eminentemente rural y sus principales ciudades, entonces y ahora: Tuxtla Gutiérrez, Tapachula, San Cristóbal Las Casas y Comitán, no rebasaban los 40 000 habitantes cada una y en éstas se conformaban los grupos culturales y de poder que en los siguientes setenta años controlarían la vida política y económica de un estado con las carencias y la pobreza que luego exhibiría la estadística oficial.

Fue en las primeras tres de las citadas ciudades de Chiapas y en el Istmo de Tehuantepec, donde el joven Eraclio Zepeda Ramos vivió sus años formativos, los de la infancia; en esta región convivió con sus contemporáneos y con los amigos de su padre, don Laco y de su familia, de notable presencia en el estado. Tratar de explicar cómo era la vida en estas ciudades a quienes crecieron en ambientes más urbanos y citadinos es difícil, no se puede expresar adecuadamente que en Chiapas, en esa época, la cultura era un privilegio y la lectura una práctica común en ciertos núcleos familiares y una singularidad en otros.

La precocidad de Eraclio o Laco, como todos le conocen en Tuxtla Gutiérrez, que escribió su primer libro a los 20 años de edad, es consecuencia de su formación en una familia apegada a la cultura, de intensa participación en la vida política y social del estado y de su convivencia con su padre, don Laco, cuentero también y hombre de carácter afable e ideas progresistas.

La presencia de Laco en Tuxtla Gutiérrez a partir del año 1952 era esporádica, comenzaba ya su largo itinerario, que aún no concluye y, esta particularidad aunada a la diferencia de edades, me impidió convivir con él, a pesar de que visitaba su casa con frecuencia debido a que Manuel (Manolo), hermano menor de Laco y también de inteligencia notable, fue mi compañero durante seis años de estudios en la escuela primaria. La bonhomía de Manolo, de su familia y su citada inteligencia, manifiesta en las muy buenas calificaciones que siempre obtuvo, nos llevaban con frecuencia a un grupo de amigos a su casa de la segunda oriente, para hacer la tarea o bien a divertirnos y jugar en el patio central.

Gracias a esta convivencia con Manolo, pude leer algunos cuentos de Eraclio desde sus primeras ediciones, cuentos que para los chiapanecos son historias conocidas, familiares, debido a nuestra obligada convivencia con ese sector rural del que surgen sus personajes. Leer a Laco, era reencontrarse con los habitantes del campo chiapaneco y con su pobreza, su dolor y su esperanza; las historias que nos cuenta Laco, escritas con el debido rigor literario y una amenidad propia de un conversador inagotable, están pobladas de protagonistas tan chiapanecos y tan universales como su sensibilidad, que lo llevaron a participar desde muy temprana edad, en procesos revolucionarios latinoamericanos como el cubano y a interesarse en el desarrollo de sociedades con modelos económicos y sociales que en aquél

momento representaban la única esperanza para poblaciones alejadas de la salud, la educación y el progreso.

Este libro, cuyo autor es ese otro chiapaneco universal, Mario Nandayapa, que comparte con Laco la vitalidad que impulsa a descubrir nuevos horizontes, a la movilidad constante, a incursionar en diversos espacios culturales, a viajar para conocer y para comprometerse, es el producto de dos estilos separados en el tiempo: Mario Nandayapa nació en 1964 y Eraclio Zepeda en 1937, pero en esencia, un mismo estilo, el de dos autores nacidos en provincia, amamantados por los clásicos y por la tradición. Ambos escritores se caracterizan por una fluidez verbal apabullante que atrae de inmediato la atención del escucha; por su inquietud que los impulsa a la movilidad constante, a incursionar en diversos espacios de la cultura. Esta combinación de personalidades ha sido un encuentro feliz, generó este trazo biográfico que se lee de un tirón, un libro accesible que nos revela información fundamental sobre los motivos de Laco, su origen intelectual, sus andanzas, viajes que le permitieron una visión universal que se refleja en su obra y que en sus palabras, convertidas en texto por Mario Nandayapa, nos confirma que ni sus logros intelectuales ni el reconocimiento nacional e internacional le han transformado, que no ha perdido la sencillez y bonhomía que caracterizaron siempre a los Zepeda Ramos, familia que como Laco afirma en este libro y nos consta a quienes aquí crecimos, ha sido protagonista de la historia y la cultura en el estado.

No es común que un escritor reciba el reconocimiento de sus contemporáneos en vida, en este caso no sólo se trata de un escritor, Laco es también, actor de cine y teatro, político, viajero incansable, para el que conocer un país no es sólo paisaje y geografía, es también compromiso y, en todas estas actividades,

Laco ha destacado y ha sido reconocido, premiado y condecorado, tanto en el nivel internacional como en el nacional. No obstante lo anterior y tomando en cuenta su formación y sus valores, estoy seguro que para Eraclio Zepeda Ramos, el mejor reconocimiento es la unanimidad con la que los chiapanecos lo han considerado un ícono cultural y la alegría con la que lo reciben en eventos públicos o en privado. Este libro es un testimonio más del reconocimiento que en el nivel nacional ha obtenido, ya que el hecho de que el Instituto Politécnico Nacional edite esta obra, enaltece tanto a Mario Nandayapa, el autor, como a Eraclio Zepeda, objeto y sujeto no sólo de esta historia, sino de la historia de Chiapas.

# RESPUESTA Y BIENVENIDA A ERACLIO ZEPEDA A LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Vicente Quirarte

Don Jaime Labastida,  
Director de la Academia Mexicana de la Lengua;  
señoras y señores académicos;  
muy querido y admirado don Eraclio Zepeda  
y amigos que esta noche lo acompañan:

En nombre de nuestra Academia, privilegio y compromiso es dar la bienvenida a la persona unánime de don Eraclio Zepeda. Ser invitado por él a cumplir esta misión, se debe a una generosidad conocida por el cariño y la adhesión de quienes ocupan esta sala, así como de la más vasta república que andando el tiempo él ha sabido hacer suya como nadie. Sirvan de epígrafe a estas palabras las pronunciadas por Tata Juan, una de las voces por Eraclio conjuradas y a las cuales ha sabido mantenerse fiel: “Quien dice verdá tiene la boca fresca como si masticara hojitas de hierbabuena, y tiene los dientes limpios, blancos, porque no hay lodo en su corazón”.

Del niño que a los diez años de edad publicaba el periódico *Alma infantil* al orgulloso padre de Masha y abuelo de Milena, ambas nacidas entre la magia y la creación, han ocurrido infinidad de viajes, descubrimientos y tareas. En esencia, Eraclio sigue siendo el niño travieso, ingenioso y sabio, con sonrisa y respuesta para todo. Tempranamente y de manera simultánea descubrió su pasión por las letras y su inconformidad ante la injusticia. Con igual vehemencia lo conquistó el amor en la luminosa Elva, compañera inseparable de todos sus combates. Al lado de poetas hermanos por elección de *La espiga amotinada*, su juventud vivió cambios trascendentes de la historia; quiso y logró estar en su primera fila: fue testigo y actor de las grandes utopías formuladas por las revoluciones en Rusia, China y Cuba, donde manifestó sus cualidades de militante, maestro y comunicador hipnótico; cuando se lo ha exigido México, ha ocupado cargos de responsabilidad pública y ha enfrentado asperezas de quienes no recuerdan, con la frecuencia e intensidad debidas, una frase lapidaria de José Martí: “Quienes no tienen el valor de sacrificarse, han de tener al menos el pudor de callarse ante los que se sacrifican”.

La suma de pasiones y virtudes encarnadas en Eraclio Zepeda ingresa esta noche de manera formal a la Academia Mexicana de la Lengua. Lo hace como miembro correspondiente en el estado de Chiapas, esa patria a la que sólo por convención llamamos chica, y a la cual ha consagrado su energía, su talento, su lealtad. Chiapas, su lejanía geográfica tan proclive al desdén y al olvido centralistas; sus contradicciones sociales; su riqueza de climas y paisajes; su tragedia cotidiana, su invencible alegría, su lenta incorporación al concierto nacional han sido eje de las preocupaciones de nuestro nuevo integrante. Su biblioteca personal se ha ido centrando cada vez más en su estado natal

y puede afirmarse, sin hipérbole, que es una de las más completas que existen y a la cual acudimos en busca del dato o el tema que él ofrece con desprendimiento inmediato. Quien esto escribe no hubiera entendido cabalmente la figura de Belisario Domínguez, claro varón de Comitán, de no haber sido por obras consultadas en la biblioteca eráclita; si ese senador impar fue un héroe civil, como el propio Eraclio lo dice en su prólogo a palabras belisarias que bien pueden ser consideradas una nueva oración sobre la dignidad del hombre, es porque Eraclio Zepeda ha dedicado su existencia a merecer un calificativo semejante. Excepcional individuo de la polis, ha alcanzado tal categoría por ser, de manera natural, noble y leal, una ciudad en sí mismo, luminoso, acogedor, generativo, lleno de sorpresas y de abismos. Llegar a ese sitio significa una larga y asimilada peregrinación interior. De ahí que desde el año 1965, el joven poeta incluyera su libro *Relación de travesía* en el volumen colectivo *Ocupación de la palabra*, uno de cuyos fragmentos sintetiza sus andares físicos y espirituales por el mundo:

Cuando decimos  
 capitales, grandes construcciones,  
 estamos nombrando sólo el corazón cautivo  
 de los muertos,  
 el terror prolongado en las jornadas,  
 el esfuerzo plural de los esclavos,  
 la sed apuñaleada por la fiebre,  
 las canciones olvidadas en la piedra.

No puedo recordar si fue en una entrevista o en una conversación informal donde me quedó grabada su sabiduría, sencilla y eterna como las piedras: hay tiempo para hacer de los años

verdes una rebelión incesante; tiempo para andar a caballo y asimilar, sobre sus ancas, el lenguaje de la naturaleza, con esos múltiples matices que sólo revela a sus iniciados; tiempo para aprender las rutas que los aviones siguen en el cielo, como si el volador fuera un pantógrafo que copiara, mágicamente reducido, el planeta azul; tiempo para escribir, el máspreciado y difícil de obtener. En los últimos años, Eraclio Zepeda ha sabido utilizar ese espacio bien ganado para escribir su tetralogía narrativa, esa *summa* chiapaneca donde a partir de los cuatro elementos el autor rinde homenaje a las historias y a la Historia que su experiencia ha recopilado en sus largas, fecundas travesías.

Eraclio Zepeda ingresa a la Academia el 23 de agosto de 2012, pero lo había hecho, sin saberlo, desde antes, cuando a los 22 años de su edad publicó un libro que nació clásico, *Benzulul*, cuentos que ya prefiguran a un escritor donde se dan la mano la visión del antropólogo y el poeta de oído irreprochable. En el discurso que hemos escuchado, su autor se confiesa “testigo del renacimiento de la antropología mexicana”. Si la aspiración de la Academia es el amor por la lengua, su cultivo y exploración sistemáticas, la posibilidad de forjar, como exige mi maestro Élmer Mendoza, una línea que nadie haya escrito antes, los relatos del joven Zepeda demuestran un envidiable dominio verbal aliado a una cosmogonía interior que condiciona el destino fatal de sus personajes. Los trabajos y los días de Juan Rodríguez, el Caguamo, Neófito Guerra o Patrocinio Tipá quedan fijados en el cielo de nuestra imaginación pero al mismo tiempo son la suma de todos los sin nombre cuyo testimonio el gran Eraclio ha pepenado —es palabra suya— en los caminos. Los sonidos del paisaje y sus habitantes en apariencia invisibles; la profundidad psicológica de sus voces y, sobre todo, el dominio del habla propia de Chiapas, su verosimilitud y autenticidad

en la obra narrativa, lo hicieron ingresar en la nómina de escritores que no envejecen y hacen del español una lengua caudalosa, enriquecida por sus innumerables, incontenibles afluentes.

Chiapas es invitado de honor en su discurso. Chiapas masculino e igualmente con sonos de marimba. Para llegar al homenaje a la tierra que lo vio nacer, Eraclio Zepeda se remonta a tiempos en los que los venidos del otro lado del mar trajeron, entre otras armas, la lengua. Si ella conquistó a los habitantes originarios de estas tierras, el dominio que a través de los siglos hemos logrado de la que ha devenido en conquistada, la hace variada, noble y poderosa. No conforme con ser a través de su brillante orfebrería uno de nuestros autores imprescindibles, con el discurso que hemos escuchado Eraclio Zepeda se pone al servicio de la lengua y de los necesarios y urgentes trabajos que demanda. Zepeda evoca la aventura del teatro guiñol Petul, hablado en tzeltal y tzotzil, con el cual sus integrantes demostraron que a través de muñecos es posible denunciar, formar y transformar. Mención especial merecen en su discurso el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán y el maestro Sergio Galindo, que supo llevar a la Editorial de la Universidad Veracruzana a su mayor esplendor. Y como una labor para el futuro inmediato, elogia los trabajos de la Rial Academia de la Lengua Frailesca, prueba de que la herencia de voces e historias que navegan, invencibles, desde las venas de nuestros ancestros, enriquecen la lengua en que nos comunicamos y nunca la empobrecen, aunque así lo pensara el señor Cal y Mayor, funcionario cuyo nombre pareciera inventado por Eraclio. Por desgracia existió; por fortuna ya no se encuentra entre nosotros.

No acudo más al tiempo de ustedes, a ese nosotros urgido por abrazar a Eraclio Zepeda y en ese gesto celebrar un momento miliar en la fiesta de la lengua; compartir, en palabras suyas, “el

vino y sus limpias potestades”. Al igual que don Pacífico Muñoz, cuando Eraclio Zepeda abandonaba apenas la pubertad, debe haberse dicho ante su implacable espejo: “Señoras y señores, voy a volar”, seguro de que la conquista incierta, pero siempre gloriosa, del espacio, es el único antídoto contra el aburrimiento y la muerte en vida. Pero al contrario de don Chico, incapaz de volar por atender las demandas de sus prójimos, Eraclio Zepeda es un caso excepcional en nuestra república literaria. Sin dejar de escuchar al que se acerca a solicitarlo, aprendió a volar desde muy joven y nos ha enseñado a volar. Con ese aliento inicial y decidido han fructificado los afanes de su edad madura, firme y rotunda como ceiba. Para nuestra Academia, contar con su presencia es un estímulo mayor. Eraclio Zepeda, sé bienvenido a esta casa, ennoblecida por tu aire de permanente juventud, tu talento privilegiado, tu verbo que nunca se fatiga.

Palacio de Bellas Artes, 23 de agosto de 2012.

## LOS PRIMEROS PASOS



**E**RACLIO es mi nombre. Eraclio lo escribo sin H y Zepeda con Z. Eso sí, le pongo mayúscula. He desempeñado muchos oficios y todos me han provocado un enorme placer, tanto los físicos como los trabajos de orden intelectual. Sin embargo, mi actividad principal es la de narrador. He cumplido cincuenta años en el oficio y eso me causa mucha alegría. Nací en Chiapas, en Tuxtla Gutiérrez, en el seno de una familia de presencia histórica y cultural en el estado. En los últimos doscientos años de la historia de Chiapas, mi familia participó de manera muy destacada en la vida política, en la vida militar, en la vida social y en la cultura del estado. Mis ancestros fueron piezas fundamentales en la creación del nuevo rostro de Chiapas que se fue configurando lentamente. Hay que recordar que durante la Colonia, Chiapas fue parte de Centroamérica. Nuestra cultura es centroamericana, por eso hablamos de vos. Al principio de la Independencia nuestros bisabuelos optaron por incorporarse a México; el periodo de transición para formar parte de la

gran República, del México grande, no fue fácil. Fue muy complicado acostumbrarnos al trato con los nuevos compatriotas. En ese momento —estoy hablando de 1824— teníamos mucho más cercanía con un costarricense o con un nicaragüense que con un sonoreense; nuestra cultura estaba allá y aun ahora los chiapanecos estamos orgullosos de ser ciudadanos mexicanos, pero al mismo tiempo, orgullosos también de tener una cultura centroamericana.



Fui el nieto mayor de mi generación, mi familia no es muy fértil, nacemos pocos. Mi nacimiento fue recibido con alegría. Mi mamá me contaba que nació a las cinco de la mañana el 24 de marzo de 1937. Los soldados estaban tocando la *Diana*, entonces la partera, que era la doctora Flora Maza, le dijo a mi mamá: “Oiga usted, están tocando *Diana*, este niño va a ser presidente o va a ser general”. Y fui precandidato a la presidencia de la República y general en la película de Paul Leduc, en el papel de Pancho Villa.



En los primeros meses y años de mi vida la familia viajaba mucho. El trabajo de mi papá lo obligaba a cambiar de ciudades a menudo, tanto de Chiapas como del istmo de Tehuantepec, en los transportes que se podían usar en esa época: el ferrocarril o el avión. Mi primer vuelo en avión fue antes de cumplir dos meses de nacido, viajé con el gran piloto Francisco Saravia y llegué a tener un enorme placer por los aviones desde muy pequeño y un gran interés por la cartografía, los mapas. Vuelo

como un pájaro, sé exactamente que territorio estoy sobrevolando, eso se lo debo a aquellos viajes.

Viví, pues, en el istmo de Tehuantepec. Mi mamá me contaba que mis primeras palabras fueron en zapoteco, aprendí a hablar primero en esa lengua porque mi nana me hablaba en su idioma. Dos tareas se impuso mi mamá: enseñarme las primeras letras y, como yo era tartamudo, me enseñó a hablar con un lápiz entre los dientes y con piedritas en la boca; así me quitó lo tartamudo.

En Tapachula nació mi hermanita María, siete años menor que yo y única mujer entre los cuatro hijos que tuvieron mis padres, yo el mayor. En realidad únicamente con María conviví cotidianamente. En Tapachula también nació mi hermanito Manuel, Manolo le hemos nombrado siempre, soy doce años mayor que él. Cuando nació, en 1949, yo estudiaba en Tuxtla en el ICACH y sólo en las vacaciones convivía con el recién nacido. Dos años después ingresé a la Universidad Militar Latinoamericana en la Ciudad de México y la convivencia con mis hermanitos era en los periodos vacacionales. Mi hermano menor, Rafael, nació cuando yo tenía dieciocho años y estudiaba en la UNAM en México. Lo conocí al nacer, yo estaba en Tuxtla por las vacaciones de septiembre. Nació en el Sanatorio Muñoz, que ahora, como médico, dirige al frente de una sociedad de médicos socios de ese sanatorio, que aún conserva su nombre original. La ampliación del viejo edificio se hizo en la manzana donde yo nací. Ambos, pues, nacimos en el mismo territorio pero por la diferencia de edad podría ser hijo mío.

Los dos años que viví en San Cristóbal, entre 1957 y 1959, gocé la cercanía de mis hermanos cuando bajaba de los altos a Tuxtla. Después me fui a Xalapa becado para estudiar Antropología y volvía a la casa sólo en vacaciones, pero no completas porque tenía que atender otras tareas, en las cuales no existían

ocios largos. Después vino mi estancia de tres años en Cuba sin volver a Tuxtla. Regresé para despedirme de mi familia antes de viajar a China. Elva y yo nos casamos y nos fuimos a Pekín y después a Moscú, en un viaje que duró varios años. Cuando regresamos, María había terminado sus estudios universitarios de Psicología; convivimos con ella en nuestra primera casa en México, después contrajo matrimonio con mi muy querido cuñado Nizaleb Corzo. Por esos días mi hermano Manolo estudiaba en la UNAM los últimos cursos de la carrera de Ingeniería. Rafael estudiaba el bachillerato en Tuxtla y Manolo inició sus trabajos de ingeniero, viajó mucho, se casó y se instaló en Xalapa. Rafael vino a estudiar Medicina a la UNAM, fue el periodo en que más conviví con él.

Regreso a mis tiempos de niño en Tapachula donde inicié la educación primaria en la escuela “Teodomiro Palacios”, aunque el colegio fundamental para mi formación fue la Escuela Federal Tipo “Camilo Pintado” de Tuxtla Gutiérrez. Era una institución cardenista cuya enseñanza los pedagogos ahora calificarían de activa. La educación era ágil con búsquedas de nuevos métodos de trabajo. Además de los planes de estudios en las tardes cumplíamos otras tareas como aprender el oficio de carpintero, hojalatero, zapatero o electricista. Las actividades artísticas y deportivas también se resolvían en las tardes, hacíamos teatro y editábamos un periódico; a los diez años fui director del periódico *Alma infantil*.

Tuve la fortuna de tener maestros extraordinarios, uno de ellos vive todavía en Tuxtla Gutiérrez —sigo siendo su alumno—, el maestro Manuel de Jesús Martínez Vázquez, quien tiene noventa y seis años y está muy lúcido. Él nos enseñó entre muchas cosas más, una actitud ante el mundo. No importaba que la escuela fuera pobre, podíamos tener los mejores museos;

si necesitábamos una colección de Biología o de Zoología, salíamos al campo para recolectar hojas, insectos o piedras.

A veces el maestro nos daba clases a la sombra de un árbol, era como si la escuela contara con infinitud de aulas; cualquier árbol frondoso podía ser un lugar para detenerse y escucharlo. El teatro humorístico, los bailables, el periodismo, muchas cosas que para mí han sido fundamentales, se las debo al maestro Manuel de Jesús Martínez Vázquez.

Mi padre era un hombre lleno de mundo, de alegría y de palabras; un gran narrador. Era un hombre con muchas habilidades, un gran jinete, viajero con gran curiosidad para tratar con la gente y conocía muy bien el mundo indígena; se hizo boticario y médico práctico. No sé de otra persona en Chiapas que haya presentado un examen en la Secretaría de Salubridad para acreditarse como médico práctico. Al mismo tiempo mantuvo interés por las actividades políticas; murió a los setenta y tres años entusiasmado con la revolución cubana que lo hizo renacer.

Mi papá se incorporó a las fuerzas revolucionarias con el general Carlos Vidal entre los diecinueve y veinte años y combatió hasta los veintiséis, cuando salió rumbo a Guatemala para protegerse del general Obregón, el gran persecutor de las autoridades chiapanecas. El mismo día Obregón fusiló a los hermanos Carlos y Luis Vidal, generales ambos, uno era gobernador y el otro sustituto. Y acabó también con el poder legislativo chiapaneco. Mi papá se retiró combatiendo hacia Guatemala.

Cuando conozco a una persona creo que puedo saber si tuvo o tiene una buena relación con su padre. Mi papá y yo fuimos grandes amigos. Él fue el último hijo de mi abuelo, la relación entre los dos fue muy estrecha; lo mismo pasó con nosotros. Ellos también eran Eraclio y Eraclio. Mi abuelo nació el 8 de junio, día de San Heraclio, y así lo nombraron. Nació con H. Y

durante la guerra contra los franceses, don Pantaleón Domínguez, quien era su jefe, le dijo:

—Qué suerte tienes, coronel. Conté las letras de tu nombre, Heraclio Zepeda, y suman catorce. Si fueran trece sería mala suerte y te matarían los franceses.

—¿Ah, sí? ¡Pues ahorita mismo me quito la H y a ver a cómo nos toca! —Y nunca más escribió su nombre con H. Mi papá y yo nacimos sin H.

Mi mamá fue una mujer muy bella, una belleza legendaria en Chiapas. La herencia portuguesa, de por sí muy mestiza, le dio un rostro de pómulos altos, pelo negro y grandes ojos verdes. Fuerte de carácter, era la que ponía el equilibrio y el orden en la casa. Adoraba a la familia, estaba muy enamorada de mi papá, pero con suficiente distancia para hacerle críticas a veces.



A los cinco años de edad ya estaba deslumbrado por la prestancia militar y sus desfiles, sus ceremonias en honor a la bandera. Asistía a menudo al cuartel de la Zona Militar en Tapachula, invitado por el médico militar, mayor del Ejército, doctor Vila, amigo de mi padre. Un día le pedí a mi papá que el sastre me hiciera un uniforme de soldado con su quepí, y que mi mamá me comprara unas botas altas. Cuando el doctor Vila se enteró de mi deseo me regaló tres estrellas de mayor, las que él usaba, una para el quepí y otra para cada hombrera; también me dio el emblema de la 26ª Zona Militar para el cuello de la camisa.

Vestido así, caminaba por todo Tapachula. Los soldados me saludaban como a un viejo compañero. Nadie podía prever entonces que ya de adolescente estudiaría en la Universidad Militar Latinoamericana, donde conocí al sargento primero Jaime Labastida y al sargento segundo Jaime Shelley. Yo era teniente y con ese mismo grado formaría parte de las milicias revolucionarias de Cuba.



## LOS PASOS AL LADO DE ELVA MACÍAS



ERA el mes de marzo de 1963, acababa de cumplir veintiséis años, estaba en La Habana cuando en la embajada china me hicieron el ofrecimiento de ser profesor en el Instituto de Lenguas Extranjeras de Pekín para enseñar literatura hispanoamericana a estudiantes que tenían conocimiento del castellano. Se preparaban para ser maestros o traductores de español. ¿Qué joven no quiere conocer China? Acepté. Comunicué al embajador de China que viajaría a México para despedirme de mis padres antes del largo viaje que duraría dos años. Regresé a México para visitar a mi familia en Tuxtla y comunicar a mis compañeros del Partido Comunista que me iba. Tuve la fortuna de que el primero de mayo, en la manifestación del Día Internacional del Trabajo, encontré a una muchacha que yo conocía desde niña, Elva Macías, quien ya tenía dieciocho años y era bella, sigue siendo bella. Empezamos a caminar juntos en el desfile y cuando terminó la manifestación nos dimos cuenta de que nos gustábamos, que podíamos estar enamorados. Le dije a Elva:

—Yo, dentro de dos años y medio vuelvo de China.

Pero al día siguiente decidimos irnos juntos a China. En esa época la mayoría de edad se alcanzaba a los veintiún años así que ella no podía tramitar un pasaporte para salir del país. Unos amigos míos nos presentaron un juez en Milpa Alta que nos casó, a pesar de los impedimentos, el 3 de mayo. Ya casada pudo solicitar su pasaporte. Ayudados por Polo Duarte, dueño de la librería Libros Escogidos que estaba frente a la Alameda Central, obtuvimos el pasaporte de Elva con un coyote que Polo conocía. Ya teníamos todo, menos el dinero para el pasaje de mi esposa, a quien después de estas vueltas diarias llevaba a la casa de su hermana, donde vivía, sin que la familia se percatara. El día 4 de mayo nos citamos en un café donde el investigador estadounidense Joseph Sommers me entrevistaría para redactar su ensayo *El ciclo de Chiapas*. Ese día Elva llegó con los ojos más brillantes que le he visto nunca, sacando fuego por las pupilas y una sonrisa que no le cabía en el rostro. En cuanto Joseph Sommers se despidió, Elva me dijo:

—¡Mira lo que me llegó!

—¿Qué es?

Era un giro de su papá por cinco mil pesos para que se operara de las anginas.

—Te operarás en China. Vámonos.

Compramos el boleto y salimos para La Habana.

En Cuba, los chinos nos dieron los pasajes de ambos. Estaban satisfechos de que yo fuera casado, a ellos les preocupaba que llegaran jóvenes solteros a trabajar. Es el año 1963, ya pasaron 48 años desde entonces, y este matrimonio tan repentino es una de las cosas más sensatas que he hecho en mi vida.

Cuando nos casamos en Milpa Alta, mi papá estaba en la Ciudad de México y, aunque fui muy amigo de él, no le informé

del casamiento, no quise que se involucrara porque pensé que iba a haber un trato difícil con la familia de Elva, sobre todo con su señor padre, no fuera a provocar un enfrentamiento entre dos hombres mayores. Naturalmente lo supo después y le dio una gran alegría; me escribió a Cuba reprochándome la falta de confianza y dándome su apoyo. Elva fue siempre la consentida de mi papá, había una relación muy estrecha entre ambos, ella vivió de niña en casa de mi tío Manuel Zepeda y su esposa Mercedes Santaella, cuando venía de Villa Flores a estudiar.

La familia de Elva consideró aquello como una gran afrenta. Nuestras dos familias son muy conocidas en Chiapas, han formado parte de su historia. El abuelo de Elva era poeta, autor del Himno a Chiapas, hombre de la Revolución; su bisabuelo, Julián Grajales, fue un militar distinguido durante la Reforma y fundador de Villa Flores, donde su familia vive; el abuelo paterno fue diputado y promovió la creación de ese municipio. Es gente muy querida, muy respetada y prominente. Y de pronto sucedió lo que sucedió, fue una ofensa enorme. Para don Humberto Macías fue como si Elva hubiera muerto, fue desheredada, negada y eso tardó doce años.

Nosotros regresamos del extranjero a los seis años, Elva frecuentó primero a su mamá y sus hermanos, pero don Humberto nos recibió doce años después. Cuando él nos dio la oportunidad, yo no podía ir con las manos vacías, tenía que llevarle un regalo, pero ¿qué regalo podía darle a un hombre tan poderoso como su papá, que tenía todo? En esos días un amigo mío, muy problemático, me regaló una pistola Smith and Wesson 38 de cañón largo. Mandé a pavonar la pistola, a hacerle un estuche de piel con lana adentro y la cargué. Tenía la “parada”, como se llama la carga de la pistola, y otros tres cartuchos en las carterillas. Con ese regalo me presenté en la casa de mi suegro; don

Humberto estaba sentado y, aunque se me quedó viendo, en realidad no me miraba, veía la pared que estaba atrás, con una mirada que me hacía transparente. No me registraba.

—Muchas gracias, don Humberto, por haberme invitado —le expresé.

—¿Cómo está usted, señor Zepeda? —me respondió. Pensé, ya se llevó el diablo todo, nunca me había dicho señor Zepeda, siempre había sido Laco para él.

—Bien, don Humberto. Verá, quiero agradecerle la hospitalidad que usted nos brinda y le traje un regalo.

—¿Un qué?

—Un regalo. Le traigo un regalo.

Lo tomó, corrió el cierre para abrirlo, vio que era una pistola, la sacó, incluso con el dedo en el llamador, vio que estaba cargada, la volvió a ver, la guardó, sonrió por primera vez en doce años y me dijo:

—Gracias por la confianza, Laco.

Empezamos a conversar y quedamos muy amigos. Don Humberto y Elva rehicieron su amor de padre e hija. Pero, mira cómo eran las cosas para un señor tan ordenado y ofendido como don Humberto, antes de reanudar el trato con nosotros, doña Carmita, la mamá de Elva, quiso hacer una permuta de su finca por otra. Uno de los terrenos estaba a nombre de Elva, antigua propiedad de su abuela, doña Agustina Sol, la viuda del poeta José Emilio Grajales. Un día llegó a México un enviado para ver si Elva estaba dispuesta a autorizar la venta, sin especificar las condiciones; Elva no dudó en dar su aprobación. Al poco tiempo le enviaron un cheque por el precio de la venta, menos los cinco mil pesos de la operación de las anginas que usamos para el boleto a Cuba.



Con Elva Macías, recién casados, viajamos a Pekín contratados para ser profesores del Instituto de Lenguas Extranjeras. Elva fue la primera maestra de español para niños chinos de ocho años de edad. En la foto estamos en el estudio de un fotógrafo chino en Yo-I-pino wano, donde vivíamos, cerca de la universidad. El fotógrafo estaba aterrado con los modelos, porque él practicaba un arte muy formal y al grupo que tenía frente al lente lo calificaba de poco serio. En la foto aparecemos Elva y yo, Sergio Pitol sentado en el suelo, Adela Harrel en el sillón y Franco Maoni, escritor argentino, y su esposa que trabajaba como asistente de psicoanalistas.



## LOS PASOS DEL VIAJERO



YO estudiaba la secundaria en el ICACH y mis papás vivían en Tapachula. Por el exceso de consentimiento con que me trataban mi abuela Lolita y mi tía Juana María Zepeda, la *Chata*, mi papá creyó conveniente que me fuera a estudiar a México. Él había estado buscando algunas escuelas pero yo me adelanté y le dije:

—Yo sé a cuál quiero ir. A la universidad militar.

A mi papá, que había sido militar como mi abuelo, le pareció muy bien. Ingresé a la Universidad Militar Latinoamericana, que para mí fue fundamental. Así como el maestro Manuel de Jesús Martínez me educó en la primaria, en esta universidad encontré profesores espléndidos, republicanos españoles, mexicanos, entre ellos un zapoteca, el maestro Gabriel López Chiñas, un gran escritor tanto en su lengua zapoteca como en español. Tuve maestros matemáticos espléndidos que me hicieron amar y admirar esa ciencia. Y allí encontré compañeros que han sido mis amigos toda la vida, por ejemplo, Rodrigo Moya, gran

fotógrafo, explorador submarino, reportero de guerrillas en todo Centro y Sudamérica, y escritor, premio nacional de cuento del INBA. Él, tres años mayor que yo, era mi cabo, me tomó bajo su protección. Yo tenía trece años y para un niño que entra a esa edad a una escuela militar no es cosa fácil. Los de nuevo ingreso éramos llamados potros y a los potros les hacen la vida difícil; Rodrigo me ayudaba y me ahorra las peores pruebas.

Allí encontré amigos con los que he mantenido amistad fraterna y literaria, Jaime Shelley, Jaime Labastida, Nils Castro, ensayista y sociólogo. Y en este ambiente, que cualquiera pensaría inhóspito, fundé un círculo de estudios marxistas, clandestino por supuesto. Éramos cadetes y estudiábamos materialismo histórico y materialismo dialéctico.

Ese interés me nació porque los sábados y domingos los pasaba en casa de una tía. Mi tía Luz alquilaba cuartos a estudiantes y uno de ellos era un venezolano miembro del Partido Comunista. Fue el primero que me habló del materialismo histórico y dialéctico y me deslumbró porque era una explicación de lo que estaba viendo y me ayudaba a entender el mundo. Gracias a Carlos Márquez —le decíamos Carlos Marx— fue que fundé este primer círculo de estudios marxistas en la escuela militar. Los principios ahí aprendidos me han acompañado en los pasos de mi vida y en los de compañeros con quienes formé el círculo. Nils Castro, por ejemplo, estuvo conmigo en Cuba, fuimos profesores universitarios en la Universidad de Oriente de Santiago de Cuba y expusimos las primeras conferencias sobre materialismo histórico y materialismo dialéctico. A Nils lo sigo frecuentando así como a mis otros dos compañeros, los poetas Jaime Labastida y Jaime Shelley, quienes han sido mis hermanos toda la vida y con quienes comparto esa formación inicial; los dos excelentes poetas. Y Rodrigo Moya, mi cabo protector,

ha tenido esa misma formación que lo ha orientado en los reportajes magistrales sobre las guerrillas, contra la violencia de las dictaduras y en su obra fotográfica. Es autor de una serie de fotografías notables del *Che* Guevara y la de García Márquez con el ojo morado tras el golpe que le propinó Vargas Llosa.

Cuando terminé el bachillerato en la universidad militar, a los dieciséis años, ingresé a la UNAM a estudiar Ingeniería porque me interesaban las Matemáticas; cursé dos años en esa facultad. Era buen estudiante, fui alumno de Heberto Castillo, pero en realidad mi interés por las Matemáticas era de carácter abstracto; me atraía la parte poética de éstas, pero su aplicación a la Mecánica, a la Topografía, no. Dejé de estudiar Ingeniería, me fui a San Cristóbal y luego a Xalapa, a la Universidad Veracruzana a estudiar Antropología Social, becado a raíz de mi primer premio literario, en un concurso nacional de cuento, un solo cuento; después ahí publiqué mi primer libro, *Benzulul*, que escribí a los veinte años de edad. Apareció cuando tenía veintidós.

En esos días —estoy hablando del año 1959— habían sucedido hechos notables en América Latina. Con excepción de México, nuestro continente era un triste conjunto de dictaduras militares; era la larga noche de América Latina. De pronto sucedió que en Cuba, donde había un dictador llamado Fulgencio Bautista, surgió un grupo de muchachos que se atrevieron a luchar en contra del dictador y de su amo, el imperio norteamericano. Lo curioso es que con estos jóvenes teníamos una relación indirecta. Nuestro maestro de francés en la Universidad Militar Latinoamericana, un republicano español, el coronel Alberto Bayo, entrenaba militarmente a Fidel Castro por el rumbo de Amecameca, cerca de Chalco. Una mañana apareció la gran noticia en los periódicos: “Comunista español —el coronel

Bayo— entrenaba a los revolucionarios cubanos”. ¡Un escandalazo! Y el coronel Bayo desapareció.

Tuvimos de inmediato una gran simpatía por aquellos jóvenes que habían desembarcado en Cuba para emprender la lucha armada contra la dictadura. Además de que eran nuestros contemporáneos, estábamos acostumbrados a que los hechos importantes los realizaban personas mayores, y de pronto los muchachos se ponían en primera fila. Yo nací en el año 37, Fidel Castro en el año 27, es diez años mayor que yo. Raúl es cinco años mayor que yo y muchos de los otros muchachos eran de mi edad. Nils Castro y yo mandamos una carta a un contacto cubano declarando que deseábamos pelear en Cuba. Nos respondieron agradeciendo el gesto, pero señalaban que no era necesario, tenían el apoyo del pueblo cubano y contaban con miles de combatientes.

El primero de enero de 1959 nos invitaron a conocer los triunfos sociales y políticos de la revolución. Fuimos a Cuba Jaime Labastida, Jaime Shelley, Nils Castro y muchos otros como Roberto Bravo Garzón, quien después fue rector de la Universidad Veracruzana, y el futuro gran historiador Enrique Florescano. En La Habana encontramos al coronel Bayo que ya era general, era el único con ese grado en Cuba, porque el grado máximo en esos momentos era el de comandante, como Fidel, Raúl y el *Che*. Comandante es el equivalente a nuestro grado de mayor, con una estrella. Después, con la organización militar soviética hubo generales y coroneles cubanos, pero en esa época el único era el antiguo coronel Bayo. Lo saludamos, nos dio mucha alegría verlo. En aquella visita vimos algo de lo que estaban haciendo aquellos en su construcción de un mundo nuevo. Para un joven no hay experiencia mayor que vivir una revolución, en la que es posible hacerlo todo de nuevo; por

ejemplo, enseñar a leer a todo un pueblo en un año. Los encargados de alfabetizar eran los muchachos de secundaria y primaria; eso fue maravilloso.

Nos tocó ver las primeras nacionalizaciones de compañías estadounidenses que proclamaron Fidel y el *Che* en el estadio de béisbol. Ese día Fidel perdió la voz por la emoción y el *Che* lo substituyó mientras le volvió. Era impresionante escuchar cuando Fidel o el *Che* decían: “¡Cuban Telephone Company!”. Y la gente coreaba: “¡Se llamaba!”. Ese día acabó el poderío estadounidense en Cuba, el mes de julio de 1960.

Cuando regresé a México, sentí que era una obligación contar a la gente lo que había visto en Cuba y ofrecí charlas en universidades y sindicatos. En una ocasión, en Xalapa, donde yo estudiaba, entre el público había un señor que me escuchaba atentamente y me miraba con unos ojos azules muy penetrantes. Cuando terminó mi charla se acercó a la tarima.

—Vengo a felicitarlo y lo quiero invitar a que vaya a Cuba como profesor de la Universidad de Oriente, en la ciudad de Santiago.

—Perdón —le pregunté—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Soy el embajador Portuondo.

—¡Doctor Portuondo! —exclamé asombrado.

Sabía que el doctor José Antonio Portuondo era uno de los investigadores de literatura más importantes del continente, fundador de la Universidad de Oriente y rector vitalicio, en ese momento embajador de la joven revolución cubana en México. Me insistió.

—Quiero que usted se vaya de profesor a Oriente.

—Me encantaría, doctor, pero me faltan dos materias para graduarme.

—¡Vaya a Cuba y gradúese de hombre! —comentó.

—Mañana me voy.

No fue mañana sino unas semanas después. Llegué a Santiago de Cuba el 24 de marzo de 1961, el día en que cumplí veinticuatro años, y eso cambió mi vida. Como profesor en la Universidad de Oriente trabajaba en dos facultades, Filosofía y Letras y Sociología, en ésta impartía Sociología Rural de América, y en Filosofía y Letras enseñaba Literatura del Siglo de Oro y Literatura Hispanoamericana. Al llegar a Cuba había escrito dos libros y ahí en Cuba escribí dos más. Mi trabajo en la universidad era muy grato, los alumnos tenían dieciocho años, la diferencia entre ellos y yo era pequeña. Admiré la belleza de las muchachas cubanas, los muchachos cubanos también muy bien plantados y de todos colores, porque conocí desde negros azules hasta mulatos o muchachas que parecían europeas. Muchos eran milicianos, lucían su uniforme de botas, pantalón verde oliva, camisa azul con moreras militares y boina negra; quienes habían pasado cursos de combate usaban boinas verdes. Hacíamos vida social en los exuberantes jardines o en la cafetería que llamaban cantina. Ahí conocí los buchitos, minúsculas tacitas de café muy fuerte a tres kilos (centavos). Se hablaba de los triunfos o los problemas que enfrentaban, las grandes tareas de la alfabetización para alcanzar la meta de “ni un solo cubano que no sepa leer para el año 1962”. La población estudiantil vivía en una permanente euforia.

En la ciudad, aunque en forma descendente, continuaba la presencia de la contrarrevolución. Alguna noche explotaba una bomba y los corredores de la universidad se llenaban de alumnos, sin importar la hora, para aguardar las órdenes que pudieran llegar de la comandancia. Nada era solemne, disfrutaba de la alegría con que se reunían, dispuestos a todo, y la presencia

constante de la música, en guitarras, tambores, güiros, claves de madera; cualquier objeto de metal que resonara servía para improvisar música y el baile se desataba.

Pero en menos de quince días todo cambió. La mañana del 15 de abril de 1961 —yo había llegado el 24 de marzo— me desperté al escuchar explosiones. Abrí la ventana y vi por primera vez aviones en picada disparando ametralladoras y tirando bombas que explotaban en el aeropuerto. Vi cómo la artillería antiaérea contestaba el fuego y el avión voló hecho pedazos. Y otros más y más y más. Frente a mi casa, a unos tres kilómetros al este se desarrollaba el combate, vi que cayó, incendiada por las bombas, la torre del aeropuerto. Pues bueno, ya empezó la guerra, pensé. Había prometido a mis padres y a los compañeros del partido que yo iba como profesor a Cuba, sólo como profesor. Me vestí, llegué a mi centro de trabajo en la universidad. Al entrar tuve una visión desgarradora: a un alumno mío lo habían matado en el aeropuerto cuando hacía guardia como miliciano. Sus compañeros lo trajeron a la universidad y lo vi sobre una mesa de laboratorio; la bomba lo había destruido y sus compañeras lo estaban lavando. No sabían cómo avisarle a su familia. Al poco rato llegaron la madre, los abuelos del muchacho y otras madres y abuelos movilizados para la defensa del país. Los dirigentes de la milicia universitaria se presentaron para repartir armas, unos mosquetones norteamericanos muy viejos, llamados Springfield, muy parecidos a nuestros fusiles mexicanos de infantería que había usado en la universidad militar. Noté que mis alumnos usaban las armas sin tener idea de su manejo porque, si eres soldado, apenas ves cómo alguien agarra un fusil y sabes si tiene instrucción militar o no. Si estás adiestrado, tu fusil pasa a ser parte de tu propia anatomía, a un soldado jamás le estorba su arma. Pero

aquellos muchachos agarraban las armas como si fueran escobas, no tenían experiencia de combate.

¿Y estos muchachos qué van a hacer?, pensé, y eso me provocó mayor inquietud. Los abuelos empezaron a enseñarles cómo hacer cantimploras con botellas de agua, toallas y cuerdas para asegurarlas en el cinturón, tal y como ellos aprendieron medio siglo antes, en la guerra contra los españoles por su Independencia, misma que los estadounidenses manipularon para quedarse con la isla, igual que con Puerto Rico y Filipinas. Y las abuelas cosieron las insignias en las camisas de los futuros combatientes. Y no sé en qué momento, la presencia y la voz de las madres y de los abuelos y la impericia de los muchachos hicieron que tuviera la decisión de incorporarme. Enseguida, un abuelo cubano me estaba enseñando a hacer mi cantimplora y una mamá cubana me cosía las hombreras. Cinco minutos después estaba yo junto a los muchachos con un fusil viejo. En la noche nos llevaron a un campo de entrenamiento y ahí ascendí por primera vez en Cuba, me hicieron cabo porque sabía más que la mayoría de los que estábamos concentrados. Al día siguiente, 16 de abril, en La Habana y en Santiago fueron sepultados los caídos en el bombardeo como héroes de la patria. En el panteón, Fidel Castro definió la revolución como socialista y supimos que teníamos una nueva y definitiva razón para combatir por ella. El 17 de abril inició la invasión enemiga en Playa Girón, en la tarde nos indicaron que teníamos que partir al frente. Ya nos habían entregado armamento moderno soviético, ametralladoras espléndidas llamadas pepeshá, con cargador circular de setenta y cinco cartuchos calibre 7,62 con una velocidad de fuego de 120 disparos por minuto. Salimos a embarcarnos, vi que nuestro transporte sería en autobuses; no me gustó nada el asunto porque es el peor sistema

para trasladar tropas, ¿cómo escapas de un autobús en caso de un ataque? Los vehículos militares están abiertos por los lados para que puedas saltar. Cuando llegamos a Playa Girón había por lo menos quince autobuses incendiados con los muchachos adentro, muertos. Pero no había otro tipo de transporte. A la salida del campo de entrenamiento para abordar el autobús encontré una negrona vendiendo café, los famosos buchitos de a tres kilos y le pedí:

—Por favor, compañera, deme un café. —Me sirvió.

—¿Cuánto le debo?

—¡Ay, México! A lo mejor es el último cafecito que te tomas.

No es nada.

Esa mujer era la única que estaba viviendo en el mundo real, porque como tú sabes, ningún joven piensa que se va a morir en el combate.

La victoria en Playa Girón fue rápida. En menos de setenta y dos horas las fuerzas revolucionarias cubanas destruyeron a la tropa invasora entrenada por Estados Unidos durante más de un año. Los muchachos de la milicia sin experiencia, más los guerrilleros del ejército rebelde, los derrotaron en un momento.

El día de la victoria sucedieron cosas que me marcaron para siempre. Fidel llegó en un tanque a la zona de combate cuando ya estaba derrotado el enemigo, el tanque lo manejaba un taxista de La Habana. Fidel, desde el tanque, hundió de un cañonazo al último barco enemigo que iba en retirada. Los enemigos se tiraron al mar y hubo que rescatarlos; los victoriosos salvaron a los derrotados, los trajeron presos. Hay una foto histórica de Fidel saltando del tanque después del cañonazo. Con aquel hombre tan grande en todos los sentidos, de alta estatura y unas canillas enormes, sus acompañantes tenían que correr para ir al ritmo de su paso. Y de pronto, de una de las casas destruidas

durante el combate, salió un muchacho —sobreviviente de los invasores— de unos dieciocho años y con un fusil que se llama FAL apuntó a Fidel. El comandante, sin detener el paso, le dijo:

—¡Eh, muchacho! Tira ese fusil que te vas a comprometer.

Y el chamaco lo tiró. Ahí vi la autoridad moral que caracteriza a un héroe. Días después, en la Sierra Maestra tuve la oportunidad de reencontrar a Fidel, cargaba una mochila voluminosa. Le pregunté:

—Comandante, ¿qué trae en la mochila? —Sonrió, se despojó de la mochila, la abrió y me la mostró: puros libros.

Playa Girón fue una victoria rápida. Regresamos a Santiago y nunca dejé de pertenecer a la milicia. Me dieron la responsabilidad de crear la Compañía Especial de Combate, especializada en ataque y contraataque, encargada de dar seguridad a Santiago de Cuba. La integré con mis alumnos más aptos y los obreros que se alistaron en los sindicatos. Junto con el adiestramiento militar, no dejé de impartir mis clases, los obreros las escuchaban, y por uno de esos milagros que sólo se dan en una revolución, al final del curso algunos de ellos presentaron examen y lo acreditaron. Ahí conocí amigos que hasta ahora sigo frecuentando. Un hondureño, René Ochoa, era mi alumno, fue el primer becario extranjero que hubo en la revolución, después de graduarse fue catedrático de la Universidad de La Habana, en la que llegó a ser vicerrector. Otros compañeros que eran soldados rasos ascendieron a generales y pelearon en Angola.

De Santiago de Cuba pasé a La Habana, donde fui fundador de la Escuela de Instructores de Arte. Ahí se preparaban jóvenes promotores para trabajar en las comunidades enseñando teatro, danza, literatura, talleres literarios, música. Esta escuela se instaló en un antiguo hotel de lujo. Hice amigos entre mis

alumnos, muchos de ellos escritores o músicos profesionales como Waldo Leyva, actual Consejero Cultural de la Embajada de Cuba en México.

En La Habana reencontré al pintor chiapaneco Carlos Jurado, ambos vivíamos en el Hotel Presidente, en El Vedado, barrio emblemático de la ciudad. Carlos se había casado en Santiago de Cuba con una alumna mía, Miriam Chichai, hija de un comerciante chino refugiado en Miami. Su apellido le va tan bien que todos la nombramos Chichai. También en La Habana tuve la fortuna de conocer al gran poeta salvadoreño Roque Dalton, otro de los héroes de América. Mi amistad con él se convirtió en una relación fraternal, muy cercana a mi corazón. En la Casa de las Américas nos presentamos juntos muchas veces en recitales o conferencias. Ambos gozamos de la deliciosa amistad de don Manuel Galich, viejo y sabio dramaturgo guatemalteco. A Roque Dalton lo quise mucho. Y él a mí. Cuando Elva y yo llegamos a Cuba recién casados y nos instalamos en el hotel Habana Riviera, Roque nos iba a visitar. Se enteró que no podríamos viajar de inmediato a Pekín, vía Moscú, porque Fidel Castro estaba por primera vez de visita en Rusia y su numerosa comitiva crecía cada día, los vuelos estaban copados. Permanecimos más de quince días en La Habana. Fue una luna de miel maravillosa. La embajada china nos pagaba la estancia en el hotel, pero yo había renunciado a mi trabajo en la Escuela de Instructores de Arte y no tenía dinero para pasear a Elva. Roque se dio cuenta de la situación y cada mañana, al entregar nuestra llave en la administración del Hotel, me entregaban un sobre cerrado de parte de Roque Dalton; era dinero cubano para pasear, cenar en restaurantes, gozar algunas noches de cabaret en el Tropicana y bailar hasta el amanecer. Roque vivió muchas acciones políticas arriesgadas, llegué a pensar que era inmortal;

muchas veces estuvo en peligro y se salvaba. Una vez, en su país, la CIA lo detuvo y le advirtió:

—Tú quieres ser héroe, pero te vamos a matar mañana a las cinco de la mañana y vas a aparecer ante la opinión pública como un traidor a tus ideas.

—Está bien, pero qué clase de cárcel es esta pocilga que no ofrecen la última cena al condenado.

—¿Quiere cenar?

—Sí, sí quiero. Se me antoja un pollo a la leña y tres botellas grandes de cerveza.

Roque me contaba que le interesaba la cerveza. La cárcel era de adobe. Al beber las cervezas el líquido empieza a dar vueltas y busca salida. Con el tenedor que le trajeron, hizo un hoyito en el adobe, apuntó bien, empezó a orinar copiosamente y bom, bom, bom, se cayó la cárcel. Había ocurrido el terremoto del año 59. Y Roque salió huyendo hasta Tapachula, Chiapas.

Cuando uno es joven suele ser desaprensivo. Y comete el error de no escribir a la casa paterna, por ejemplo. A veces pasaban tres o cuatro meses sin que yo les enviara una carta. Mi papá después me dijo que a veces pensaba que me habían matado. Mi papá había sido combatiente, sabía muy bien los riesgos que se tienen en estos asuntos, sin embargo, siempre me dio su apoyo moral para estas acciones y, por otra parte, estaba orgulloso de lo que estaba yo haciendo. Él, a esa edad, había hecho lo mismo. Cuando mi padre murió a los setenta y tres años era un activista de la revolución cubana en Tuxtla desde el periódico *Renovación* que volvió a fundar. El triunfo de la revolución fue también una victoria personal, algo que justificaba las luchas de su propia generación.

Mamá era una mujer muy creyente, tenía el apoyo de sus oraciones, ella así me protegía. Mi casa era extraña, mi papá no

era creyente y mi mamá profundamente católica, pero de tal manera respetuosa que en mi casa nunca se habló de religión, yo nunca aprendí a rezar, pero me bautizaron dos veces. Mi abuela le pidió a mi mamá que me bautizaran en forma clandestina, en Tapachula, y así se hizo porque mi padre no era creyente y porque había persecución religiosa. Las iglesias estaban cerradas en Chiapas en esa época. Tiempo después, mi papá le dijo a mi mamá:

—Oye Esperanza, tú debes estar sufriendo mucho porque no hemos bautizado a Laquito. Si quieres, bautízalo.

Y por no aceptar ante mi papá que lo habían hecho en secreto, me volvieron a bautizar. A lo mejor esos dos bautizos me sirvieron para protegerme en la vida.



En Chiapas tuvimos malas vías de comunicación por su geografía tan difícil, dos veces atravesada por la Sierra Madre y por las grandes temporadas de lluvias, que desmoronan cerros, producen inundaciones. Sumado todo esto a los pocos recursos, siempre estuvimos atrasados en caminos; contábamos únicamente con el ferrocarril de la costa y la aviación en el resto del estado. Posteriormente, para viajar a la capital de la República también disponíamos de la carretera Panamericana.

Mis primeros viajes a México fueron en avión, en un vuelo que tardaba cinco horas y media desde Tapachula, con escalas en Tuxtla Gutiérrez, Ixtepec y Oaxaca. “¡Un rayo!”, comentaba el público. Desde Tapachula viajé muchas veces a México por tren, el trayecto era muy alegre, veníamos la muchachada y nadie se preocupaba por la duración del viaje, incluso, algunos decían: “¿será que el tren va a llegar?”. Eran días y días a vuelta de rueda.

Cuando se construyó la carretera panamericana salíamos de Tuxtla Gutiérrez a México en autobuses de la línea Cristóbal Colón que todavía existe. Eran autobuses de doble tracción porque la carretera estaba sin pavimentar y había mucho lodo. Todo el tiempo llovía y los techos de los camiones estaban agujereados. Por fortuna, las ventanas estaban rotas, si no, nos hubiéramos ahogado. Después de muchas horas de viaje llegábamos al istmo de Tehuantepec. A veces nos tocaba alguna compañera de banca que ocupaba silla y media, muy bien dotada y cargada de gallinas, totopos y queso, y ahí veníamos. También recuerdo la imprudencia de los familiares, no faltaba alguien que te pidiera un favor:

—¡Ay, Laquito! Si me hicieras favor de llevar estos tamales a mi Gustavito.

—¡Ay, Laquito! Si me hicieras favor de llevar estos quesos para mi pobre mamacita.

Y ahí venía uno cargando, además de tu equipaje, los encargos que te daban. Un señor subió al camión con una sandía y me dijo:

—¿Le podés llevar, Laquito, esta sandía a Ramirito?

—¡Cómo no! —le dije. Pero apenas me la dio, pensé, esta sandía no llega ni a Cintalapa.

Los viajes de cualquier envergadura siempre han sido motivo de alegría para mí.



Cuando en Cuba tomé la decisión de irme a China, lo primero que hice fue reunirme con mis jefes militares, mis compañeros y mis subordinados. Y mientras platicaba con mis compañeros pensaba, como todo joven, que la muerte no podía habitar

debajo de mi uniforme, se mueren los otros, no uno. Y la muerte se reparte de una manera tan granada, la gente se desgrana, cae. Los combates son asuntos de jóvenes, únicamente ellos se atreven a hacer los esfuerzos enormes que implica una guerra. A los que tenían diez años más que nosotros los veía preocupados de que les fuera a pasar algo, tenían hijos, y tener hijos y estar peleando en una guerra es cosa muy complicada.

Los compañeros de una unidad de combate se vuelven tus hermanos, hay una relación íntima y solamente así se puede combatir, tú debes estar dispuesto a salvar la vida de tu compañero y ayudarlo; incluso, tomar el peligro sobre tus propios hombros. Un muchacho que estaba a mis órdenes cayó herido de una pierna y en medio del combate, lo cargué y lo saqué de la balacera. Esto fue en Santiago de Cuba, y su abuela, que criaba unas diez gallinas en su patio, lo supo. En agradecimiento, me regalaba cada semana dos huevos que yo guardaba en mi cuarto, no los compartía con nadie. En esa época los huevos eran escasísimos en el mercado. Esos dos huevos los hacía revueltos, siempre he sido un pésimo cocinero pero prepararlos me garantizaba que me comía los dos, yo solo. Años después, cuando Elva y yo vivíamos en China, aunque teníamos servicio de restaurante, ella consiguió una parrilla eléctrica en nuestra habitación y cocinaba a veces. Ella, que ha sido siempre una magnífica cocinera, un día hizo unos huevos a la mexicana y cuando los probé me parecieron espléndidos.

—¡Elva, qué cosa tan sabrosa! ¿Qué le pusiste?

—Sal —contestó. Ahí me di cuenta que en Santiago no se me había ocurrido que el huevo tenía que llevar sal.

Llegar a China fue un hecho prodigioso; en ningún lugar del mundo tienes el sentido de extranjería tan completo. A cualquier país que llegues, siempre encontrarás un asidero del

que te puedes agarrar: la arquitectura, la literatura, la música, aspectos culturales que te abren la puerta del país que estás descubriendo. En China todo es diferente, el sentido de extranjería es total. Veníamos del aeropuerto al hotel donde íbamos a vivir, Yoi Pin Wan, Hotel de la Amistad, *druzhba* en ruso, y en el camino encontramos un carretón que era tirado por un camello y una cabra. Cuando vi eso pensé que los chinos son capaces de hacer cualquier cosa.

Elva llegó a Pekín a los dieciocho años y con el talento natural que tiene para aprender lenguas extranjeras, tuvo un ingreso estupendo a la poesía. La obra de Elva tiene mucho de herencia oriental, la brevedad, la profundidad, la relación con el paisaje. Todo eso Elva lo eligió conscientemente. Y tuvo además la oportunidad extraordinaria de ser maestra de español para niños chinos de ocho a diez años, niños que aprendían español, inglés, alemán o francés. Elva, que nunca había dado clases, pensó que enseñaría a hablar a los niños chinos como enseñó hablar a sus sobrinos. Se acompañaba de una maestra auxiliar bilingüe. A los seis meses fui a visitar la clase de Elva y llevé a una niñita chilena rubia, de la misma edad que los niños chinos. Cuando llegué, una chinita le tocó el pelo y le dijo:

—¿Cómo te llamas? Tienes el pelo amarillo. —Ya estaban hablando español.

Nuestra estancia en China duró casi dos años, fueron veintitantos meses fascinantes. Pekín es una ciudad que deslumbra, capital de un imperio, con una arquitectura prodigiosa y gran movimiento. Una multitud tan grande caminando, caminando, caminando y el sonido de esa multitud. Casi no había extranjeros, en la calle despertábamos una gran curiosidad, a cualquier lugar donde llegábamos nos rodeaba la gente. Un día estábamos en una tienda escogiendo alguna de las formidables sedas chinas

y los hombres y mujeres empezaron a tocar el mismo lienzo que nosotros estábamos comprando, sólo para vernos de cerca.

Otro día Elva y yo caminábamos en una calle sorteando el verano tan fuerte de Pekín, a más de cuarenta grados en medio de la cotidiana multitud. Transitábamos por la calle Ta Sha La, mi mano estaba sudada y esto me causó pudor, así que la solté para secarme con mi pañuelo, pero al volver a tomarle la mano noté que Elva detenía el paso, tiré suavemente de ella y seguimos caminando. Más adelante volteé a verla y en vez de su mano traía la del chino más transparente que he visto nunca. Él venía aterrizado porque aquel diablo extranjero lo jalaba; lo solté y luego me costó trabajo encontrar a Elva en aquella multitud.

El tiempo que pasamos allá fue inolvidable. Con la facilidad que tiene Elva para aprender idiomas ya hablaba algo de mandarín o pekinés, entre los muchos idiomas y dialectos que se hablan en esa enorme geografía. Esto nos permitía llevar una vida muy independiente sin ayuda de los traductores de la escuela o del hotel. Salir de compras era un placer, sobre todo con los anticuarios. En aquellos días del inicio de la revolución cultural los chinos aparentaban desprecio por las antigüedades, eso aunado a la pobreza que se vivía en el país nos permitía, con algunos ahorros en la vida diaria, comprar pinturas, dibujos, pequeñas esculturas y tallas o cerámicas a precios bajísimos. Nuestras habitaciones de Yoi Pin Wan se engalanaban después de cada excursión a Wan Fu Shin, la calle de los anticuarios. Eran los pocos negocios particulares que sobrevivieron a la revolución. Pero no por mucho tiempo. En un callejón del centro solíamos saludar a otro sobreviviente del capitalismo, un anciano que sentado en un pequeñísimo banquito vendía, con una tetera muy abollada, té que ofrecía en tazones desportillados.

Un aspecto deslumbrante de la cultura china es su cocina, con sus platillos regionales tan diversos. Después de esta aventura, que te voy a relatar, Elva sostenía que en los restaurantes chinos no hay que preguntar qué estás comiendo. En Cantón nos dieron un plato succulento que se llamaba “Dos tigres luchan contra un dragón”. Elva averiguó los ingredientes del plato y resultó que habíamos comido gato con culebra. En otro viaje más reciente, también a Cantón, nos ofrecieron probar un plato de carne de perro, Elva preguntó:

—¿Los perros son de criadero?

—No, son de la calle.

—No, gracias, no vamos a comer perro.

Elva desde niña ha sido asistida por modistas que le confeccionan la ropa que ella misma diseña o escoge de un figurín. En Villaflores, la ciudad de la familia Macías, habitaba la familia De Coss y entre ellas estaba Juani, quien estudió corte y confección; su talento la llevó a convertirse en una modista de alta costura. Actualmente vive en la Ciudad de México, donde sigue siendo la modista de Elva. En Tuxtla, es la hermana menor, Esperanza de Coss, quien confecciona su ropa. Cuando Elva dirigió la Casa de las Artesanías de Chiapas, juntas diseñaron colecciones inspiradas en las artesanías del estado. Me sorprende su olfato para encontrar en cualquier lugar del mundo una modista a la mano; en Moscú recurría a un taller cercano a la casa en donde había encontrado a una cortadora con talento y en China, cerca del Instituto de Lenguas Extranjeras, conoció a una rusa casada con un chino que había sido modista en Irkustk y hablaba inglés.

En aquella época era muy difícil para los extranjeros viajar por el interior de China. En vacaciones nos invitaron a descansar en el puerto de Tien Tsing, un sitio de veraneo para la

población extranjera de antes de la revolución. La ciudad era una mezcla de cultura china y occidental desde épocas anteriores, había una tienda alemana que vendía pescado ahumado, jamones y quesos. Sentados en la playa del Mar Amarillo, parte del Océano Pacífico, recordé que siendo niño, sentado como ahora frente al mismo océano, en la playa San Benito de Tapachula le pregunté a mi papá:

—¿Qué hay del otro lado del mar?

—China —me contestó. Me impresionó su respuesta.

Ahora en China pensaba que del otro lado estaba México, Tapachula a lo lejos, Tapachula. Pasó un traductor y le pregunté:

—¿Qué hay del otro lado del mar?

—¿Del otro lado del mar? ¡Japón! —dijo sonriendo.

Quedé desolado.



Eran los días de la revolución cultural, acababa de concluir el salto adelante, dos momentos muy caóticos de la historia china. Empezaba la persecución de intelectuales que la autoridad consideraba independientes o revisionistas. El decano del instituto de Lenguas Extranjeras de Pekín era el profesor Mon Fu, descendiente del filósofo Mensio. Había sido diplomático en Chile, antes de la revolución, enviado por el Kuo Ming Tang, el Partido Nacionalista de China; hablaba español, había traducido algunos capítulos de *El Quijote*. De pronto desapareció. Lo enviaron a criar cerdos en una granja para que el trabajo manual lo reeducara por sus desviaciones ideológicas aprendidas del gobierno de Chiang Kai Shek.

Después del tórrido verano disfrutamos un otoño excelente, templado, sin lluvias y con el follaje de los árboles encendidos

en una llamarada. Era la mejor época para hacer las visitas a las zonas arqueológicas o monumentos, la Gran Muralla en primer lugar, las Tumbas Ming y los innumerables templos y pagodas; la Ciudad Prohibida, antigua residencia de los emperadores rodeada por su propia muralla. Y otras murallas de Pekín: la Interior, que protege los edificios públicos y las embajadas; y la Exterior, que antiguamente recibía las caravanas del desierto del Gobi. Pekín es un museo vivo.

Luego se precipitó el invierno muy frío y muy seco, con temperaturas que pueden llegar a veinte grados bajo cero. Sin embargo, la única nevada que vimos cayó el 10 de enero, Elva estaba cumpliendo diecinueve años ese día.

El ambiente en el instituto se enrareció a causa de las discrepancias ideológicas que China mantenía con la Unión Soviética y con los demás países socialistas. Las diferencias con ellos eran cada vez más grandes y profundas. Los partidos comunistas de los países capitalistas tomaban posiciones ante la disputa. Una muy pequeña minoría apoyaba a Pekín, la mayoría se alineaba con Moscú. En aquellos momentos China sólo mantenía buenas relaciones con Albania, en Europa, y con Vietnam y Corea del Norte, en Asia. Para los militantes no era cómodo vivir en esta situación, a pesar de que el país nos deslumbraba. Elva no quería dejar el país, pero yo recibí indicaciones de mis dirigentes diciendo que debíamos abandonar China.

Y salimos de China a finales de febrero en el Ferrocarril Transiberiano. Recorrimos primero grandes estepas secas y una inmensidad cubierta de hielo y nieve. A veces únicamente se adivinaban las aldeas por el humo de las chimeneas. Los grandes ríos de Siberia estaban convertidos en carreteras, grandes camiones circulaban sobre los ríos congelados. Fueron siete días estupendos los que pasamos en el Transiberiano.

Llegamos a Moscú en la víspera del día Internacional de la Mujer, que se celebra el 8 de marzo. Los camaradas soviéticos nos recibieron en la estación, íbamos de paso, de regreso a México, seríamos sus huéspedes por unos días. Éramos huéspedes del Comité Central y nos instalaron en un hotel para sus invitados internacionales, en la calle Peredélkino, en el centro de la ciudad. Fuimos invitados a una actividad frecuente entre los soviéticos, la velada conmemorativa del día Internacional de la Mujer en el teatro Bolshoi, el Gran Teatro. Entre las homenajeadas, junto a luchadoras veteranas de la revolución de 1917 y heroínas de la Gran Guerra Patria contra los nazis, destacaba Valentina Tereshkova, la primera cosmonauta del mundo.

En China usábamos abrigos de invierno confeccionados como uniformes, en tela azul y acolchados con borra de algodón. Eran muy modestos pero apropiados para las bajas temperaturas de Pekín y la lana era incosteable; con ellos llegamos a Moscú. En el camino al hotel vimos que los acolchados de algodón sólo los usaban los barrenderos que quitaban la nieve y limpiaban las calles. Los moscovitas usaban abrigos de lana o de pieles. Después del almuerzo, la traductora que nos habían asignado nos informó que iríamos al Almacén Universal del Estado para comprar ropa de invierno. Yo tenía un abrigo de lana que Elva me mandó hacer con un sastre del hotel de Pekín, pero la modista de Elva no podía confeccionarlo. Toña Nikalaievna, la traductora, llevó a Elva a comprar un abrigo y ella eligió uno de astracán negro. En la noche, cuando asistimos al Teatro Bolshoi íbamos muy elegantes.

Viajamos al norte, a Leningrado, ciudad opulenta y artística que ahora ha vuelto a llamarse como antes de la revolución: San Petersburgo. También viajamos a Zaporozhye, una región industrial de Ucrania y al sur, a Armenia. Ereván, su capital,

está a los pies del Monte Ararat donde, según la tradición judeo-cristiana, Noé desembarco de su Arca después del diluvio universal.

Cuando regresamos de estos viajes, en Moscú estaba nuestro dirigente máximo en México, Arnoldo Martínez Verdugo, quien me tenía mucho cariño y me preguntó:

—Oye, Eraclio, ¿no te gustaría ser el corresponsal en Moscú de *La Voz de México*, nuestro periódico? Eso te permitiría conocer el país y trabajar en algo de tu interés.

Consulté a Elva con la mirada y volví a ver los mismos ojos encendidos que lucía el día en que resolvimos salir de México.

—Sí —le dije—. Me interesa mucho. Nos interesa a los dos.

Durante cuatro años fui el corresponsal en Moscú de *La Voz de México* y Elva estudió en la Universidad Lomonósov, que es la universidad del Estado; ahí estudió un curso de lengua y literatura rusa con un grupo de estudiantes cubanos y europeos.

Yo contaba con una traductora para mi trabajo periodístico. El ruso lo aprendí en la calle y por eso lo hablo mal y con mucho acento. En Georgia, llamarse Eraclio es como llamarse Juan en México. Con mi acento, mi nombre Eraclio y mi aspecto, muchos creían que yo era georgiano. Para Elva y para mí, Moscú es una ciudad a la cual debemos la alegría de nuestra única hija. Masha nació en Moscú, todo giraba alrededor de ella, de su aprendizaje del mundo. Desde pequeña entendía las dos lenguas, pero no se soltaba a hablar. La pedagoga nos dijo que le habláramos en ruso en la casa porque era el idioma que hablaban en su guardería, y así se soltó hablando ruso de inmediato. Cuando volvimos a México, Masha estaba a punto de cumplir tres años, aquí aprendió a hablar el español con sus abuelos y sus nuevos amiguitos.

Tuve oportunidad de hacer grandes recorridos por la geografía soviética. No era fácil viajar por el interior, se requería una visa de internamiento, pero como corresponsal del Partido Comunista Mexicano tenía muchas facilidades de movimiento. Conocí las quince repúblicas que formaban la Unión Soviética y viajé sobre todo a los lugares de mayor interés para mí: Asia Central, el Báltico y la zona del Polo Norte, la taiga de Siberia, los grandes ríos navegables como el Don, el Volga o el Sir Dariá. El Báltico, la región que circunda el mar de ese nombre, era una sociedad de cultura alemana a pesar de reunir tres países distintos: Letonia, Estonia y Lituania. Lituania es católica, muy parecida a Polonia; Letonia protestante y con gran relación con Alemania. Y Estonia, también protestante, cuya capital, Talin, es de las ciudades más bellas del mundo, pequeña y de arquitectura medieval. Ahí se habla una lengua que tiene parentesco con el finlandés, forma parte del tronco lingüístico ugrofinés del que se origina el húngaro, por eso es ugro, y finés por el finlandés. Los estonios llegaron con las grandes y remotas migraciones del centro de Asia, en la época de las invasiones de Atila, es posible que vinieran con los Hunos. Una parte de esa migración se estableció en lo que ahora es Hungría y otra siguió hacia el norte. Eran nómadas y la agricultura la aprendieron de los pueblos establecidos, los húngaros de los alemanes y los fineses de los rusos y suecos. Las lenguas de este tronco ugrofinés tienen algunas raíces comunes pero no se entienden porque devinieron en lenguas diferentes. El Báltico es una de las pocas zonas del mundo que tiene ámbar, como Chiapas. En la costa del Báltico el ámbar es marino. La ruta que llegaba hasta Roma era conocida como la ruta del ámbar.

La otra región que me interesó por lo lejano a mi experiencia fue el Polo Norte. Con la fortuna de ser joven uno puede vivir

en cualquier clima. Visité varias veces la ciudad de Múrmansk, al norte del círculo polar. El viaje era en tren y cuando alguien pasaba el círculo polar por primera vez le hacían una ceremonia parecida a la que se hace cuando se cruza por vez primera el ecuador a bordo de un barco: hay que ser bautizado con vino o con champaña en el ecuador y con vodka en el círculo polar.

Múrmansk vive con un calendario de dos situaciones respecto a la luz del sol: iluminación constante como una primavera o verano de seis meses. Y la noche polar durante el otoño e invierno. La bahía de Arkangelsk se hiela desde finales del otoño y la bahía de Múrmansk, a mil kilómetros al norte de Arkangelsk, no se hiela nunca. Esto se debe a un regalo que los mexicanos le hacemos. La corriente del golfo de México arrastra aguas calientes tropicales, pasan a un lado de la península nórdica, a un costado de Noruega, arriba de Suecia y caen hacia Múrmansk, al norte del círculo polar. Esas aguas calientes que vienen de México impiden que la bahía se congele. Es un puerto abierto todo el año, circunstancia importante para el comercio de los rusos y de sobrevivencia durante la Segunda Guerra Mundial contra los nazis. Este puerto sirvió de entrada constante de material de guerra y alimentos que enviaban los aliados ingleses y norteamericanos para que el Ejército Rojo pudiera sostener su lucha contra los alemanes.

La primera vez que llegué a Múrmansk fui invitado por la Sociedad de Escritores, porque era un escritor mexicano que vivía en Moscú. Llegué en la noche polar, las calles estaban iluminadas artificialmente a las doce del día, los niños volvían de la escuela en trineos o esquís. En el hotel mis anfitriones me dijeron:

—El viaje ha sido difícil, lo acompañaremos al almuerzo y después descanse toda la tarde. A las siete de la noche venimos

por usted para que dicte su conferencia. Nosotros celebraremos su presencia, agradeceremos a su país por las aguas cálidas que nos envía y le daremos una medalla.

Estaba dormido cuando llamaron a la puerta, consulté el reloj y eran las siete. Abrí la puerta y alguien me habló en español.

—¡Camarada, una gran desgracia, se congeló la bahía!

Era la primera vez en cien años que se congelaban las aguas de Múrmansk. Me invitaron a un recorrido en un trineo de motor, por la bahía congelada; muy abajo las aguas mexicanas seguían circulando. De pronto lograban romper el hielo y salía un géiser de agua caliente que se congelaba al instante, detenido como hongo y dentro de él los peces inmovilizados por la muerte.

En Múrmansk hice recorridos inolvidables. Navegué en el Océano Ártico en un rompehielos, son buques poderosos con un blindaje extremo que a fuerza de motor y casco duro van rompiendo los hielos para abrir camino a una flota de barcos cargueros o pesqueros. Navegaban desde Múrmansk hasta el extremo oriente, frente a Japón. Otra región que recorrí varias veces fue Asia central, una extensa área geográfica que se inicia en el Mar Caspio, recorre desiertos, valles fértiles, grandes ríos navegables como el Amú Dariá y el Sir Dariá, ciudades históricas, repúblicas en esos tiempos de la Unión Soviética, ahora independientes: Uzbekistán, Turkmenistán, Tajikistán, Kazajistán, zonas de explotación agrícola con técnicas de vanguardia, un mar interior salado, enormes lagos que pudieran nombrarse mares, alguno de profundidades notables que interna al este en territorio chino. En este territorio se desarrolló la Ruta de la Seda, vía de comercio e intercambio cultural.

En la primera visita a este mundo irrepetible me embarqué en el Cáucaso por la costa oeste del mar Caspio y navegué con rumbo al oriente. El mar Caspio es un extenso mar dulce

formado por las aguas del Don, el gran río ruso, y por otras corrientes que en cualquier lugar del mundo serían grandes ríos pero junto al Don, son pequeños. Aguas ricas en pesca, especialmente de esturión cuya hueva es el caviar negro.

Desembarqué en la costa oriente del Caspio en tierras de Turkmenia. Para continuar la ruta a Oriente había dos posibilidades, el ferrocarril —que tomé muchas veces— o una caravana de camellos, que en realidad son dromedarios de una sola joroba, aventura que cumplí una vez. Son las rutas que recorrió el legendario Gengis Khan en su ir y venir por la Ruta de la Seda. Es un recorrido fascinante entre ruinas de ciudades destruidas por las tropas mongolas de Gengis Khan como Myr, que hoy son taludes de arena. Lo único que el conquistador respetó fue una mezquita.

En el desierto de Turkmenia avanzábamos sobre la arena que revoloteaba hasta nuestros rostros. El guía de la caravana llevaba encendido un radio de transistores y de pronto escuché: “Cuando recibas esta carta sin razón, Eufemia”. ¿Cómo diablos, en el centro de Asia, a un lado de la destruida ciudad de Myr, iba a llegar Eufemia? Después supe que Siqueiros estaba preso en México y la radiodifusora de Samarcanda hizo un programa en solidaridad con tan ilustre preso político.

Acampamos para pasar la noche. Desde niño supe montar a caballo y pensé que la caravana en camello no sería nada nuevo para mí. Me había equivocado. El caballo tiene un paso rítmico, el camello va casi al trote y oscilando la joroba en un movimiento semicircular; a la primera hora de marcha el viajero inexperto está desganzado con dolor de cintura y espalda. Las jornadas son largas con breves descansos, y cuando al caer la tarde acampábamos, estaba destrozado.

En el campamento todo gira alrededor del camello: la casa de campaña es de piel de camello, las cobijas son de lana de

camello, comimos carne de camello y nos dieron a beber leche de camella. Todo estaba bien pero se me antojó un trago, pregunté al guía que hablaba ruso:

—Oye, ¿no tendrás una copa?

—No. Los jefes no nos permiten traer vodka en nuestras mochilas.

—¡Qué lástima! Tengo mucho frío —comenté.

—Pero tengo un secreto. Traemos *chaal*.

—¿Y qué es *chaal*?

—Una bebida de leche de camella. Se pone a fermentar y se destila. Es un alcohol fuerte.

—Me gustaría probarlo.

Trajeron una botella de *chaal*. Era fuerte pero sabroso. A la cuarta copa veía cómo las estrellas se movían en el cielo del desierto, cerca de medianoche.

—Bueno, compañeros —les dije—, me voy a descansar.

Cuando me quise levantar, no pude, mis piernas no respondían en absoluto, estaban flojas. Mi cabeza estaba fresca y lúcida, pero las piernas no. Me dio mucha vergüenza y pensé quedarme un poco más para que mis compañeros no vieran mi estado. Veía que el reloj y las estrellas seguían circulando y aquellos tampoco se levantaban.

—Mire, camarada —me confesó el guía—, si usted no se ha ido a dormir porque no puede caminar, no se preocupe, aquí nadie puede caminar. Todo estamos sentados pues nos da vergüenza que usted nos mire gatear.

—¡Ah, pues vámonos gateando!

Así nos fuimos a nuestras casas de campaña.

Siguiendo esa ruta de camellos pasamos por el mar de Aral, un mar interior salado. Se forma con las aguas de los ríos Sir Dariá y Amú Dariá que atraviesan la república de Uzbekistán

cobijando entre ambos ríos una rica región agrícola que alimenta esa república y otras vecinas. Los ríos llevan aguas dulces pero al depositarse en la cuenca que forma el mar de Aral se vuelven saladas por el suelo rico en sales y minerales. En el mar se levantan algunas alturas, islas donde habitan venados salvajes. En invierno rondan sus orillas manadas de lobos; cuando el Mar de Aral se congela, los lobos se lanzan a las islas para devorar venados. El Ejército Rojo intentaba mantener a los lobos lejos de los venados con un sistema de seguridad no siempre eficiente.

Estos paisajes me subyugaban tanto como las ciudades maravillosas que conocí, como Samarcanda, hija de la arquitectura andaluza, combinación de mosaicos color turquesa, amarillo, marrón y blanco con que los alarifes hicieron filigranas en sus construcciones, auténticas joyas en el desierto. Bujará, de tradición filosófica, posee uno de los minaretes más bellos del mundo. Samarcanda, al igual que Bujará, atrajo grandes migraciones; además de Gengis Khan, pasaron por ahí muchos conquistadores y viajeros. Uno de estos últimos fue un muchacho de dieciocho años que viajaba con su padre y su tío: Marco Polo. En su libro, describe el paso por esa región hasta llegar a Pekín. Busqué la forma de hacer el recorrido de Marco Polo. Lo hice en varios años y por segmentos. Desde Pekín llegué a Venecia, la patria de Marco Polo, y fui encontrando de su mano sus lugares, ochocientos años después. Marco Polo cuenta que antes de entrar al desierto del Gobi hay un lugar donde las arenas cantan. Cuando el viento las arrastra, emiten un sonido como un lamento. En el Gobi escuché el canto que Marco Polo había descrito y me sentí afortunado. Muchos años después, Elva y yo llegamos a la antigua capital china de Shiang, a donde llegó Marco Polo antes de Pekín. Había completado el periplo que yo mismo me tracé tiempo atrás.

Los años que residimos en Moscú fueron de grandes recorridos por la Unión Soviética y otros países. Otro viaje fundamental fue el recorrido por la India. Salí de Moscú en pleno invierno y llegué en pocas horas de vuelo al clima templado de Bombay, era el mes de diciembre. Elva no podía viajar porque Masha estaba recién nacida; me acompañó al aeropuerto y dejé con ella mi abrigo de invierno, lo mismo hizo a mi regreso. Al caminar en el aeropuerto de Bombay escuché un sonido que me parecía conocido pero no podía identificar, luego me di cuenta que era el paso de los pies descalzos que escuchaba en Chiapas desde niño. Hacía muchos años que no escuchaba el ft, ft, ft de los pies descalzos.

El viaje por la India fue una gran enseñanza sobre la cultura y los gravísimos problemas sociales de aquel vasto país. Viajé por el sur, el norte y el oeste del subcontinente asiático donde se acomoda la geografía física y humana de la India. En su capital, Nueva Delhi, hice una visita a Octavio Paz, quien tenía fama de ser huraño y selectivo. Era nuestro embajador en la India y también en Afganistán. Quería saber más de Asia central y cuando supo que yo la había recorrido minuciosamente me invitó a comer en su casa; la sobremesa se prolongó en la sala con tazas de café para mí y de té para él. Llegó la hora de la cena y volvimos a la mesa. La conversación se prolongó casi al amanecer, luego me envié a mi hotel con un chofer de la embajada.



Llegada a Cuba. La Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba, me invitó a ser catedrático en sus facultades de Letras y Sociología; en su tercer año de revolución triunfante, el país era el centro de atención mundial. Toda persona importante visitaba la isla. Eso era un gran atractivo para nosotros los jóvenes.

En la fotografía, desciendo de la escalerilla del avión cubano, en el aeropuerto de La Habana. Permanecí en Cuba casi tres años, y de allí partí a recorrer muchas regiones de la tierra. La imagen fue tomada el 24 de marzo de 1961, lo recuerdo muy bien porque ese día cumplía 24 años de edad.

## LOS PASOS EN EL ESCENARIO



**D**URANTE años había estudiado al general Francisco Villa como héroe de la Revolución, figura popular central del movimiento armado, a la par del general Emiliano Zapata. Una noche Paul Leduc, con quien recorrí Moscú en una visita realizada cuando él estudiaba cine en París, nos invitó a cenar a Elva y a mí, junto con su esposa Berta Navarro. Me hizo saber que aquel proyecto que me había confiado frente a las murallas del Kremlin —filmar la estancia mexicana de John Reed— estaba maduro y que Berta iba a ser la productora. Había conseguido algo de dinero y harían la película optimizando el presupuesto.

Paul me invitó a participar como teniente en la película que iba a dirigir. Pensé que ya había sido teniente en la vida real y encantado acepté. Me dieron el libreto, lo leí y me presenté a la primera cita. Era de noche y entré como teniente, pero empezó a haber conflictos en el *staff*, Paul no estaba satisfecho con el actor que había elegido para representar a Villa. Empezó a haber reacomodos. Cuando vine a ver, ya no era teniente sino capitán y luego mayor; cerca de las dos de la mañana ascendí a teniente

coronel, y a las cuatro de la madrugada, cuando íbamos a empezar a filmar, fui general. Le dije:

—Mira, Paul, ya soy general. De aquí en adelante lo único que quiero es ser Pancho Villa.

—¿Cómo?

—Sí. Quiero ser Pancho Villa.

Y se me quedó viendo antes de responder.

—Muy bien. Lo vas a ser.

—Nada más te pido que no me obligues a memorizar los parlamentos.

—Bueno, inventa.

Mis parlamentos en *Reed. México insurgente*, en donde actúo como Pancho Villa, son inventados directamente a la cámara. La sensibilidad de Leduc como director fue permitirme que lo hiciera.

Hay una entrevista, cuando se encuentran Reed y Pancho Villa por primera vez, sobre la cual la enciclopedia del cine francés comenta que es la toma fija más larga de la historia del cine. La filmación estuvo llena de anécdotas, así como en los murales de Diego Rivera están todos sus amigos retratados, en la película de Paul Leduc aparecen muchos de sus amigos. Luis Suárez, periodista republicano español; Héctor García, destacado fotógrafo; Chú Castañón, nuestro cineasta chiapaneco; el abogado Carlos Fernández del Real, defensor de los presos políticos de México, caracterizó al general Felipe Ángeles. Un día filmamos cerca de Tehuacán, Puebla, porque Paul había conseguido que todo el pueblo participara como extra. Me llamó la atención una joven pareja que observaba lo que estaba sucediendo. Me acerqué y platicué con ellos, se iban a casar ese día. La muchacha subió a su casa para arreglarse y esperar al novio. El novio pasó al lado de un talabartero que tenía fama de borracho.

—¿Te vas a casar? Antes échate un traguito para celebrar tu alegría— le propuso.

Y no fue un traguito, se echaron varios. Ese día el presidente municipal iba a inaugurar la luz del pueblo, cuando el futuro y ya muy próximo marido iba a la casa de su novia, vio el *switch* de un arco alegórico de luces, decidió encenderlo para que luciera más su boda. Y ¡fram!, inauguró la luz del pueblo en ausencia del presidente. Inmediatamente la policía lo arrestó y el novio fue a parar a la cárcel.

Estuvo unos días preso. Cuando nosotros estábamos filmando lo liberaron y estaba muy pendiente, se moría por participar en la película pero tenía que cumplir su palabra y casarse. Se apresuraron los trámites y cuando iba a su boda, el talabartero lo volvió a enredar y el muchacho no llegó a la boda y cayó otra vez preso. La novia me pidió ayuda y lo liberé, vestido de Villa di la orden en la cárcel y nadie lo cuestionó; al otro día llegó vestido de revolucionario con las cananas cruzadas al pecho, también estaba su esposa, vestida de Adelita.

Cuando la filmación hizo un descanso, le advertí:

—Cuidado con el rumbo del talabartero. Da la vuelta.

—Sí, mi general, por esta causa doy la vida.

El pueblo se había transportado a 1914 y yo gozaba viendo su capacidad de imaginación. Estábamos inmersos en la ficción y para ellos fue algo natural.

Mi primera experiencia en la actuación fue en la escuela primaria con el maestro Manuel Martínez, obritas de teatro que él escribía. La segunda la viví como estudiante de preparatoria, participé en un grupo de teatro experimental con el primer director profesional de teatro que hubo en Chiapas, Marco Antonio Montero, quien llegó enviado por Bellas Artes acompañado de su esposa, la actriz Sonia Montero. Mientras que Luis

Alaminos, un joven español republicano, pintor, fue enviado a Chiapas por el Instituto Nacional de Bellas Artes para fundar la escuela de artes plásticas. Luis Alaminos llegó a México siendo muy niño, estudió en la Academia de San Carlos. En el autobús en el que viajó a Tuxtla viajaban también Marco Antonio Montero y Sonia; se conocieron, se identificaron e hicieron planes de trabajo. Luis fue maestro de pintura y alumno de teatro, así que montaron un primer espectáculo de tres personajes. Todos al escenario: director, pintor y la única actriz. Cosecharon un gran éxito de público y buenas opiniones en la prensa. Marco Antonio creó un numeroso grupo experimental con muchos tuxtlecos, recuerdo como participantes a Oscar Oliva, Gustavo Acuña, Federico (Milo) Serrano, un joven talentoso de apellido Orantes a quien apodaban *Poca Luz* y un muchacho de oficio peluquero, Romeo Gómez. Todos sobresalieron en el nuevo teatro de Chiapas. Yo estudiaba en México, en la Universidad Militar, pero las vacaciones las pasaba en Tuxtla y acudía a los ensayos de teatro para ver a mis amigos. Marco Antonio estaba montando una adaptación de la novela de José Mancisidor, *Frontera junto al mar*, que narra la invasión norteamericana a Veracruz. El proyecto era representar al estado en el concurso nacional de grupos de teatro de provincia que Bellas Artes convocaba en la capital. A fuerza de asistir a los ensayos me había aprendido los parlamentos de la obra. En la víspera del viaje uno de los actores que hacía el papel de un teniente se enfermó, así que Marco Antonio Montero me ofreció el papel y participé. En la parte trasera del autobús de la línea Cristóbal Colón alguien colocó una gran manta que decía: “Grupo de Teatro Experimental de Chiapas. Y también va Laco”. Ganamos el premio de ese festival nacional y regresamos como héroes. Marco Antonio y Sonia estaban radiantes. Esa obra de teatro era

mi única experiencia como actor cuando Paul Leduc me invitó a participar en su película, pero no lo dudé. Lo que nunca imaginé es que llegaría a ser general y Pancho Villa, ni más ni menos.

*Reed. México insurgente* tuvo éxito. Paul había pensado que la película iba a ser proyectada en sindicatos, en partidos políticos, en universidades o en cineclubs porque no pasó los protocolos de Gobernación. Pero fue registrada después de los primeros éxitos que tuvo en festivales. Fuimos a Heidelberg, Alemania, y a Túnez, en el norte de África. El premio más significativo fue el Georges Sadoul de la crítica francesa a la mejor película extranjera de ese año. Se convirtió en una obra clásica del cine contemporáneo latinoamericano. El genio de Paul Leduc convirtió aquella epopeya, hecha con tan poco dinero, en una película que pertenece ya a la historia del cine.



Durante mis primeros años de escritor escribí una breve obra de teatro, *El tiempo y el agua*, basada en la muerte del genial grabador de Chiapas, Franco Lázaro Gómez. La dirigió Luis Alaminos. Cuando Marco Antonio Montero se fue a vivir a San Cristóbal para integrarse al Instituto Nacional Indigenista, Alaminos tomó en sus manos la tarea teatral en Tuxtla y la colocó en altos niveles. Participó y formó a muchos teatros. Se casó con una maestra de baile que tomó el apellido de su esposo, Marta Alaminos, también destacada actriz de nuestros escenarios. Oscar Oliva y yo nos reuníamos en la casa de Luis y Marta en las noches, se hablaba de literatura, política y por supuesto de teatro. Habíamos conmemorado el décimo aniversario de la trágica muerte de Franco Lázaro Gómez, el extraordinario grabador de Chiapa de Corzo. Una noche leí

*El tiempo y el agua*, recién escrita, en la casa de Luis y Marta, estaban presentes Gustavo Acuña y Romeo Gómez. Les gustó la obra, Alaminos la dirigió, Marta hizo el papel de la madre, Gustavo Acuña interpretó a Franco Lázaro y Romeo fue el *Muñeco*, también actuó un niño. Alaminos creó escenografía, vestuario y maquillaje en blanco y negro, como en los grabados. Los ensayos estaban muy adelantados cuando a finales de abril del año 1961 me despedí de ellos, estaba muy próximo mi viaje a Cuba. En la isla recibí carta de mi padre avisándome que *El tiempo y el agua* había tenido un gran éxito en el estado y en el encuentro nacional de teatro que anualmente hacía el INBA y me anexó una colección de fotos de la puesta en escena. Poco después Elva también perteneció al grupo de teatro y actuó en *El amor de los cuatro coroneles*, del actor y escritor inglés Peter Ustinov.

Después del éxito de *Reed, México insurgente*, me ofrecieron papeles en varias películas, incluso en el cine comercial, pero acepté muy pocos del cine experimental: *Mañana de cobre*, dirigida por Miguel Mora, una película muy bien hecha, filmada en Orizaba, Veracruz; mi compañero fue el destacado actor Arturo Beristáin. Recuerdo otra, sobre una difícil situación sindical en Chihuahua, dirigida por una muchacha de cuyo nombre, por desgracia, no guardo memoria. Hice, para variar, un papel de militar, mis compañeros en los papeles principales fueron Ernesto Gómez Cruz y Ofelia Medina.

En 1981 llegó a nuestro país un director soviético, Sergéi Bondarchuk, entre sus películas está *La guerra y la paz* y otras grandes cintas, también es un prestigiado actor, lo recuerdo interpretando a Otelo en los años cincuenta. Vino a México para dirigir la misma obra de John Reed, era un error repetirla después del triunfo de Paul Leduc. Llegó con apoyo del gobierno

soviético, del cine italiano y del gobierno mexicano, tres países en una coproducción con la idea de hacer una película de nivel internacional. Mientras se hacían los trámites de contratos y demás, Bondarchuk se pasaba el día viendo televisión en su hotel. En esa época yo tenía el programa de televisión *Canto, cuento y color* en Canal 13, en el cual yo inventaba un cuento, me acompañaban un músico y un pintor, y ellos ilustraban y acompañaban el relato que yo estaba inventando. Bondarchuk había rechazado sugerencias de que yo volviera a actuar el papel de Pancho Villa.

—No, esto se va a prestar a comparaciones innecesarias.

Unos veinte días después habló por teléfono con las autoridades del cine mexicano.

—Ya tengo al actor que hará Pancho Villa. No sé cómo se llama, tiene un programa de televisión titulado *Canto, cuento y color*.

Al conocer que era yo, el mismo sugerido para el papel, Bondarchuk se rió.

—Naciste para ese papel —me dijo.

En *Campanas rojas*, el papel de John Reed fue el mundialmente conocido Franco Nero, propuesto por Italia; la bellísima Ursula Andress actuó en el papel de la amante y mecenas de Reed. Se filmó con el apoyo del gobierno mexicano, circunstancia que molestaba a otros directores mexicanos que no contaban con esos apoyos.

Se acababa de quemar la cineteca y la industria del filme había sido hundida por el propio gobierno de López Portillo a través de su hermana, doña Margarita, entonces directora de cinematografía. Ella decía que era la reencarnación de Sor Juana Inés de la Cruz, escribía versos y le apodaban *La pésima musa*.

Por primera vez en mi vida me pagaron por actuar en el cine. El ejército participó en las escenas de combate con artillería, la policía montada con vestuario de tropas revolucionarias; eran mis soldados. Cuando vi la pretensión de Franco pensé, éste no sabe montar a caballo, pero al fin logró sentarse en la montura. De la manzana colgaba un morralito, ahí lleva la pistola, creí; pero metió la mano y sacó no el arma sino un espejo y se empezó a peinar. Se sabía bello.

Las escenas de combate resultaron bien hechas. Eso lo sabía hacer muy bien Bondarchuk, quien participó como soldado en la Segunda Guerra Mundial. Hay una toma que me gusta mucho: después de un gran combate nuestros muertos están tendidos a la orilla de un camino; es impresionante. Pero después Bondarchuk echa a perder todo: al final del relato los muertos recobran la vida, se levantan, reviven, con un lenguaje que no tiene nada que ver con el resto realista de la película. Cuando se proyectó por primera vez en una función de gala, en una sala del Paseo de la Reforma, fue recibida con crítica. Y, desde luego, la comparaban con Reed, de Paul Leduc. Una periodista, me preguntó:

—¿Qué significa *Campanas rojas* para Eraclio Zepeda?

—Es una película que me ilumina.

—¿Tanto así?

—¡Claro! Con lo que me pagaron metí la luz al rancho.

Sin embargo, la película ganó premios en Europa. Recuerdo el Oso de Berlín, por ejemplo. La Unión Soviética participaba en esta producción porque Reed, después de escribir *México insurgente*, viajó a Rusia en los meses previos a la revolución de Octubre y presencié el nacimiento del socialismo soviético. Escribió un libro que se llama *Diez días que conmovieron al mundo*, en el que la figura central es Lenin. Bondarchuk hizo el testimonio

mexicano y más adelante el ruso. Por cierto, me invitó a estar presente en la inauguración de la segunda parte en Moscú.

Con excepción de *Mañana de cobre* y *Campanas rojas*, las películas en que he participado han estado bajo la producción de Berta Navarro. Por eso ahora que le hicieron un gran homenaje en el festival de cine de Guadalajara, me invitaron a estar presente como actor de Berta Navarro. Ella me invitó a participar en otra gran película. Resulta que yo estaba enfermo de pulmonía y, por si fuera poco, había perdido una elección para diputado por el PSUM. Militaba pues en el partido mayoritario, que es el desempleo.

Berta me fue a ver a la casa para decirme:

—Quiero que vuelvas a trabajar conmigo en cuanto te recuperes. Necesito encontrar en Chiapas una locación que será Guatemala, tu trabajo será localizarla y asegurar que la gente de ahí participe.

En ese momento Guatemala vivía una dictadura terrible y una gran violencia antiguerrillera. Me pareció que Huixtán, un pueblo tzotzil a la orilla de la carretera San Cristóbal-Ocosingo, era el pueblo adecuado. El presidente municipal me dio todas las facilidades para cumplir el encargo de Berta Navarro; era compañero nuestro, pero había ganado las elecciones como candidato del PRI.

—¿Cómo es posible? —le inquirí.

—Sí, pues como candidato nuestro no hubiera ganado —respondió con desparpajo.

El alcalde convenció a la comunidad para que participara en la filmación de la película. Ernesto Gómez Cruz, gran actor con quien ya había trabajado en el norte del país, era parte del elenco. La historia narraba el clima de gran represión en Guatemala, había escenas con la presencia de soldados guatemaltecos,

el asesinato de una familia y en medio de eso, dos jovencitos indios huían a través de México hacia Estados Unidos para trabajar en California. Por eso la película se llama *El Norte* y fue dirigida por un destacado norteamericano, Gregory Nava, chicano, director de la excelente biografía filmica *Selena*. *El Norte* ganó un Oscar en fotografía realizada por un cubano, gran fotógrafo cuyo nombre no recuerdo.

Una vez que Berta aprobó a Huixtán como locación, me pidió que permaneciera el tiempo de la filmación ahí para mantener las buenas relaciones con el presidente. Yo ya había previsto una cosa que podía llegar a ser grave, acababan de suceder varios conflictos serios entre el ejército mexicano y el guatemalteco, por lo que nuestros soldados patrullaban las carreteras cercanas a la frontera. Había escenas en las que los actores vestirían uniformes del ejército guatemalteco y estarían armados, si el ejército mexicano llegara a pasar en los momentos de la filmación podría producirse una tragedia. Organicé un sistema de vigilantes provistos de cohetes en los cerros frente a la carretera, cuando aparecía un convoy militar lanzaban un cohete y se escondían los disfrazados; así logramos que no sucediera nada.

Cuando Gregory Nava me conoció y supo de estas precauciones y arreglos, me vio con simpatía y me comentó:

—Así que usted es escritor.

—Sí —le respondí.

—¿Me podría usted ayudar a poner en español los parlamentos de los personajes cuando están en Guatemala?

—Sí, cómo no.

Traduje esa parte al español. Cuando lo estaba redactando pensé que me podía inventar un personaje para entrarle a esa película; me puse como el padre de uno de los actores y actué brevemente en ese filme.

Años después, Berta me dio la sorpresa de invitarme a trabajar en un corto de menos de veinte minutos, dirigido por un muchacho de gran talento de Guadalajara, Antonio Urrutia. El cortometraje se llama *De tripas corazón* y en él tuve la fortuna de conocer a un actor que en aquella época tenía unos dieciséis años, Gael García Bernal, uno de esos actores que nacen con un encanto personal. La película narra el inicio en el amor de este joven y yo actúo como un viejo carnicero, padre de un muchacho de mala entraña; en unos cuantos minutos se cuenta la historia. También fue candidata al Oscar, representó a México en la categoría de cortometrajes y estuvo en la terna final. La noche en que se designó al ganador era mi cumpleaños, 24 de marzo. A lo mejor este es mi regalito, llegué a soñar; pero no, perdimos con Spielberg, que casi no es perder.

*De tripas corazón* es mi más reciente película, pero no quiero decir que no vengan otras después. Ahora que estuve con Berta Navarro, en su homenaje en Guadalajara, Elva le dijo:

—Si tienes un papel de viejito, te acuerdas de Laco. —Y Berta se quedó con esa idea, me encantaría que me llamara.

En Cuba estaba cerca de dos grandes escritores cubanos que escribían para el cine y de ellos aprendí mucho. Uno era el notable cuentista Onelio Jorge Cardoso y el otro el novelista de origen obrero, José Soler Puig. Ahora me encantaría que algunos de mis relatos se filmaran o escribir directamente algo para el cine, y a lo mejor me cuelo como actor, como cuando inventé mi papel en *El Norte*.

Hice mucha televisión, siempre me llamó la atención la capacidad de penetración que tiene. La televisión puede ser la gran enemiga de la literatura —muchos gente ha dejado de leer por ver televisión—, pero es una oportunidad magnífica de inventar cuentos y cobrarse una vieja afrenta. Me ofrecieron crear

un programa de televisión y lo llamé *Canto, cuento y color*. Tuvo éxito. Pasaba a las doce del día y eso me abría un escenario con espectadores con los que de otra forma no habría tenido contacto nunca. El programa tuvo cada vez más aceptación, empezó a haber retransmisiones en otros horarios. El Canal 13 tenía su programa estelar de noticias en la mañana y me invitaron a participar como comentarista durante un año. Y seguí haciendo *Canto, cuento y color*.

Por esos días, el Canal Once me invitó a actuar en una serie dirigida por Rafael Corkidi en el papel de José Guadalupe Posada. Tenía una escenografía muy compleja, surrealista. Se hicieron varios programas que deben estar en la videoteca del Once; por desgracia, no tengo ninguna copia.

Esto me llevó a incursionar en otras formas de comunicación. En Radio Educación participé en numerosos programas, entrevistas, crónicas; hasta que volví a ser candidato a diputado por el PSUM. Tenía que hacer campaña nuevamente, pero en esta ocasión sí fui diputado. Debía hacer la campaña e irme a Chiapas, entonces imaginé qué programa podía venderles. El director de Radio Educación era amigo mío, de Tlaxcala, y le propuse una serie de cuentos de cinco minutos de duración: medio minuto de entrada y medio de salida; la serie integraría ciento veinticinco relatos orales. El contrato establecía que se iba a transmitir en horario triple A. Grabé los programas y cuando estaban a punto de ser lanzados al aire me mandó llamar mi amigo, el director.

—Oye, Laco, tengo un problema. Fíjate que el PRI me acaba de nombrar candidato a diputado. Para mí es un gran problema que tú, que estás en campaña por el PSUM, transmitas en triple A.

—¿Y qué piensas hacer?

—Mientras pasan nuestras campañas estarás a las tres o a las cinco de la mañana.

—Sí, —contesté. Al fin que ya me pagaste.

El nuevo horario me puso en contacto con hombres y mujeres que viven de noche, poetas desgarrados, amantes perdidos, insomnes incurables, enfermeras, taxistas. Los que no escuchan radio en las altas horas de la noche son los veladores porque esos duermen.

En la radiodifusora empezaron a recibir llamadas pidiendo que se repitiera tal o cual programa, luego me avisaron que el programa pasaría a las seis de la mañana, después a las siete y luego siguió resbalando horarios hasta que llegó al tiempo triple A que habíamos mencionado en los primeros días. Ya era diputado y mi amigo, ahora ex director de Radio Educación, también formaba parte de la LIII legislatura. Estos ciento veinticinco programas de *Conversa* empezaron a ser reproducidos.

Cuando obtuve el Premio Chiapas, en el banquete de celebración le propuse al gobernador la creación —Berta Navarro también fue la productora— de una serie de programas de televisión de diez minutos de duración que se llamaría *De cómo el pueblo construyó su casa*, sobre la historia antigua de Chiapas, desde los grupos cazadores y recolectores que llegaron a nuestras tierras hasta el gran momento en que detienen sus pasos para fundar poblados porque han creado la agricultura. Conté la historia de Chiapas en la televisión estatal.

El rector de la UNAM, el doctor José Sarukhán, me invitó a dirigir Radio Universidad; estar al frente de una radiodifusora tan importante fue para mí un galardón. Mi principal aporte en Radio Universidad fue el aspecto técnico. La radio era sumamente débil en su capacidad de transmisión. Yo le decía al rector:

—Es que en Radio Universidad no transmitimos, susurramos. Es necesario conseguir un nuevo transmisor.

Y lo logramos, instalamos un transmisor de potencia notable. Tuve que renunciar a Radio Universidad a causa de los acontecimientos relacionados con la sublevación zapatista en Chiapas. Integré la primera comisión autónoma para establecer el diálogo con los insurrectos y buscar el camino de la paz. En el bicentenario de la Independencia y centenario de la Revolución, grabé una serie de sesenta cápsulas de cinco minutos para contar acontecimientos destacados en Chiapas durante esas dos epopeyas nacionales y el tránsito a la Reforma. Con el título que Elva me sugirió, *Viejas historias vueltas a contar por Eraclio Zepeda*, la serie se transmitió y se sigue transmitiendo por once estaciones de radio y el sistema de televisión de Chiapas.

Treinta años atrás, en 1971, yo trabajaba en la Compañía Nacional de Subsistencias Populares, con Jorge de la Vega Domínguez y propuse la formación de un equipo para divulgar entre el pueblo campesino, productor de maíz, sus derechos para luchar contra los acaparadores y los malos funcionarios de la propia Conasupo. Formé un equipo al que llamé Grupo de Divulgación. En esta tarea me acompañó un amigo que ahora, cuarenta años después, sigue siendo un compañero a quien quiero mucho, Sergio Valdez, quien ahora colabora con el Sistema Chiapaneco de Cine, Radio y Televisión.

Empecé con juegos tradicionales de mesa como serpientes y escaleras, loterías y barajas arreglados para transmitir enseñanzas a los productores para defender sus derechos, juegos arreglados que sirvieran para comunicar una estrategia de lucha. También produjimos una radionovela escrita por Carlos Olmos, este gran dramaturgo chiapaneco quien era muy joven en aquellos días. Le sugerí que la radionovela se llamara

*San Martín de la Piedra*, en homenaje a la narrativa de Emilio Rabasa, era didáctica con los mismos temas de los juegos. Los actores de la radionovela eran Roberto Cañedo, Beatriz Aguirre, Irma Dorantes, destacados actores nacionales. Se transmitió por trescientas radiodifusoras durante más de cuatro años y fue premiada cada año por la asociación de críticos de radio como la mejor radionovela didáctica. Los personajes fundamentales de *San Martín de la Piedra* eran los mismos que había inventado para las brigadas de teatro que formamos.

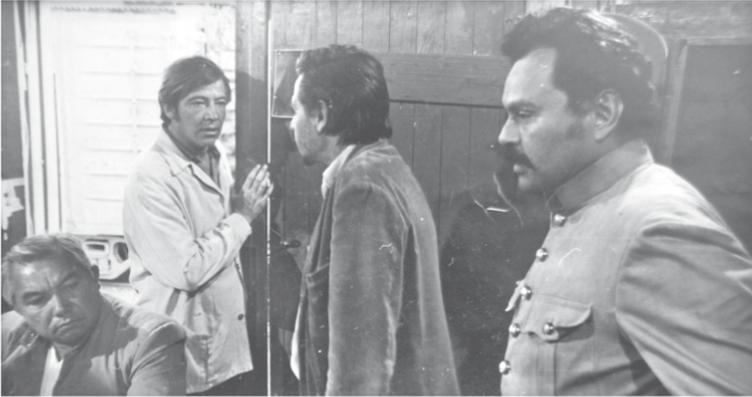
Para formar estas brigadas primero invitamos a actuar a muchachos y graduados en la escuela de teatro del INBA que entonces dirigía Marco Antonio Montero, el iniciador de las actividades teatrales en Tuxtla Gutiérrez. Al principio eran dos brigadas con dos vehículos al servicio de ellos, actuaban en lugares de no más de quinientos habitantes. Como en la Comedia del Arte, había cinco personajes muy definidos que podían improvisar cualquier cosa.

Ellos llegaban a un pueblo, escuchaban los problemas locales de robos en el precio del maíz y escenificaban lo que la gente de ese pueblo estaba viviendo. Las funciones se prolongaban en conversaciones e intercambio de ideas y experiencias entre los muchachos visitantes y los miembros de la comunidad visitada.

Los personajes eran *Juan Sin miedo*, un acaparador llamado don *Trinquetes*, otra vieja corrupta, un hombre que era el espíritu de las brigadas llamado *Clarín Cantaclaro* y un quinto personaje que no recuerdo.

Las brigadas empezaron a recorrer el país, y como el diez por ciento de la población no entiende el español, era necesario hacer el teatro en lenguas indias. Tuvimos brigadas tzeltales, tzo-tziles, choles, tojolabales, mayas, náhuatl y mixtecas, además de trece brigadas en español. Las brigadas en lenguas autóctonas se

integraban con actores indios que nuestros directores adiestraban. Margarito Ruiz, por ejemplo, un tojolabal que participaba en la brigada de su lengua, después fue diputado federal por el PRD y ha sido dirigente indio por muchos años.



Filmación de *Reed. México insurgente*. A bordo de un vagón de carga, el director de cine Paul Leduc, da instrucciones para una escena a sus actores Claudio Obregón (John Reed) y Eraclio Zepeda (general Francisco Villa), ante la presencia de un tercer actor. Estamos en plena filmación de una película que habría de convertirse en un filme clásico en América Latina, con grandes premios en Europa, como el “Georges Sadoul” de la crítica francesa a la mejor película extranjera en 1977.

En esta filmación también participó Carlos Chu Castañón, una de las máximas figuras cinematográficas de Chiapas, y el gran actor Ernesto Gómez Cruz, quien años después, en 1982, filmaría en Chiapas la cinta *El Norte*, candidata al Óscar, del director norteamericano Gregory Navas. En esta película también participé como localizador de escenarios, traductor del guión y actor en un pequeño papel.



## LOS PASOS POR EL INDIGENISMO



**Z**INACANTÁN, pueblo de habla tzotzil, es vecino del pueblo Chamula, sin embargo, son distintos aunque hablan la misma lengua. Los tzotziles de Zinacantán son abiertos y con interés de conectarse con el exterior, los de San Juan Chamula son sumamente herméticos y celosos de su privacidad. Y esto no es de ahora, ha sido siempre. Bernal Díaz del Castillo dice que nunca encontró soldados más vigorosos que los chamulas. En cambio, los tzotziles de Zinacantán buscaron el contacto con los recién llegados para comerciar con ellos. Un pueblo es cerrado militarmente y el otro abierto para el comercio.

En México, la relación con la muerte es muy estrecha, no compartimos el terror que tal acontecimiento marca en muchos países. Desde la época prehispánica hubo siempre una actitud natural acerca de la muerte. El Día de Muertos en México se convierte en una verdadera fiesta en los panteones; la gente llega a compartir la comida con sus muertos y les lleva la comida y la bebida que disfrutaron en vida. En Chiapas, la única

salida que tenían los indios para resolver sus problemas era la muerte, así estaba todo concebido. Es lo que quise mostrar en *Benzulul*, mi primer libro.

En esa época, a mitad del siglo xx, México tenía una actitud equivocada con respecto a la población indígena. Se pensaba que los indios iban a desaparecer e iban a ser gozosamente integrados al resto de la comunidad mexicana, que se iban a disolver. Por fortuna, los indios resultaron más tercos y más constantes que los mestizos. Ahora hay una mayor población indígena que hace cincuenta años. Han logrado tener seguridad sobre su propia cultura y su propia lengua. Tal vez el aporte más grande del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el año de 1994 fue haber puesto ante los ojos de otros mexicanos la situación tan difícil de la población indígena. La vida venció a la muerte.

En 1957 vivíamos en San Cristóbal un grupo de amigos. Estábamos organizando nuestro trabajo de escritores y también estudiando la única carrera profesional que se ofrecía, Derecho.

A mediados del siglo pasado llegó a San Cristóbal de Las Casas el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, médico y antropólogo, para fundar en La Cabaña, el Centro Tzeltal-Tzotzil del Instituto Nacional Indigenista. Su arribo a Chiapas marcó el inicio de la nueva política federal respetuosa de las culturas indígenas. Él fue el creador y principal promotor de esa gran tarea. Para ello se rodeó de muy eficaces colaboradores, antropólogos, ingenieros agrícolas, médicos veterinarios, equipos de salud conformados por doctores en medicina y enfermeros. En el área cultural congregó a un importante grupo de creadores y científicos. Nuestra gran escritora Rosario Castellanos estuvo entre ellos y a su lado, el notable lingüista Carlo Antonio Castro, nacido en El Salvador y formado en México, creador de la primera gramática tzeltal. También estaba nuestro

más importante pintor chiapaneco, Carlos Jurado y Máximo Prado, el más destacado grabador chiapaneco después de la trágica muerte de Franco Lázaro Gómez; Marco Antonio Montero, director de teatro que había iniciado las labores escénicas en Tuxtla Gutiérrez, acompañado de su esposa Sonia Montero. Todos ellos juntaron sus esfuerzos para crear el Teatro Petul, de muñecos guiñol, con el que llevaban nuevas ideas de progreso y salud a las comunidades indias en los idiomas tzeltal y tzotzil. Rosario Castellanos escribía los textos, Carlo Antonio Castro los traducía, Marco Antonio Montero instruía a jóvenes indios en el manejo de los muñecos y Carlos Jurado hacía los muñecos y un periódico llamado *Xcoplal te Mexiculum*, la palabra de México.

Ese equipo formidable salía a presentar el Teatro Petul en las más alejadas comunidades indias y su presencia se convertía en una fiesta comentando temas de salud, higiene, insecticidas que en aquellos días aún no se sabía lo peligrosos que pueden ser para los humanos.

Máximo Prado llegó para sustituir a Carlos Jurado, quien fue transferido a otro centro del INI en Veracruz. Prado produjo infinidad de folletos y carteles con sus grabados inconfundibles. A ese equipo notable del Instituto Nacional Indigenista, albergado en La Cabaña, nos sumamos un grupo de escritores, artistas, intelectuales, jóvenes y de edad madura, algunos estudiantes de Derecho. Compartíamos con ellos lecturas y además Daniel Robles, Oscar Oliva y yo intercambiábamos nuestra producción literaria.

El pintor Héctor Ventura, el único que tenía cuarenta años, pintaba dos murales en la Escuela de Derecho. Era gran lector, había tomado por asalto La Isla, un paradisíaco y aislado meandro del Río Amarillo donde leía, *Ana Karenina* de León

Tolstoi. Vivía en la misma casa de huéspedes donde se albergaban Daniel Robles y Javier Espinosa. Los tres eran asiduos asistentes a las veladas nocturnas en la casa que alquilábamos Oscar Oliva y yo.

Javier Espinosa, originario de Jiquipilas, culminaba en esos días sus estudios de Derecho y era ya un constante estudioso de la Historia. Fue amigo muy cercano de Rosario Castellanos, así como lo fueron también Daniel Robles y Héctor Ventura.

Rosario abandonó la casa que habitaba en La Cabaña y alquiló una céntrica en la calle Insurgentes, a cuadra y media del parque. Su domicilio se convirtió en aula y círculo de estudios literarios y filosóficos de todos nosotros. Su generosidad no tenía límites para dedicarnos su valioso tiempo a pesar de que estaba escribiendo *Balum Canán* y algunos de sus cuentos. Además de su sabiduría, nos regalaba también cenas exquisitas preparadas por su nana de toda la vida.

Pocos meses después consideré que la casita de la calle Juárez, a media cuadra de la Real de Guadalupe, resultaba insuficiente. Tenía un estudio que además funcionaba como sala, dos recámaras, una para Oscar Oliva y otra para mí, comedor, cocina y baño. Y el patiecito con un jardín a lo largo y enfrente de las habitaciones, y una pila donde se acurrucaba como un ave extraña Javier Espinosa. Recuerdo aquel día nublado en que, en aquella posición, se dedicó a silbar al viento. Al preguntarle qué hacía y oír su respuesta, me puse a escribir el cuento de ese nombre. Ocho horas después de que me respondió “llamo al viento”, leí a Javier el texto recién nacido de *Vientooo*.

La casita era el punto de reunión de los amigos y centro de estudios con nuestros compañeros estudiantes de Derecho. Con Daniel Robles armábamos largas sesiones de lecturas en voz alta para escuchar a los grandes poetas latinoamericanos que tanto

admiramos: Pablo Neruda, César Vallejo, Rubén Darío, Carlos Pellicer. Supimos que Rubén Bonifaz Nuño, nacido en Orizaba, era de familia chiapaneca y que sus padres habían partido a Veracruz para cumplir un cambio de sede laboral, era telegrafista. Si aquella orden hubiera llegado después, Rubén habría nacido en Chiapas. Lo aceptamos en un instante y lucimos su presencia junto a Rosario Castellanos y Jaime Sabines, nuestros hermanos mayores en todo.

Jaime Shelley, compañero de la universidad militar y miembro de nuestro grupo, *La Espiga Amotinada*, decidió venir a San Cristóbal para vivir con nosotros un tiempo; lo instalamos en el comedor, en un sofá cama que se compró. Llegó piloteando una camioneta Willys que se convirtió en nuestro transporte para gozar los paisajes de la periferia de San Cristóbal. Con la llegada de Jaime Shelley, éramos ya tres de la Espiga reunidos en Chiapas. Jaime Labastida llegaba a visitarnos; pero Juan Bañuelos, nunca. Daniel Robles me planteó la posibilidad de vivir en la casita y Héctor Ventura, que tenía su casa familiar en Tuxtla, también tenía la idea de establecerse con nosotros de lunes a viernes, mientras pintaba los murales.

Encontré una casa más grande cerca de la Escuela de Derecho, a media cuadra del arco del Carmen, tenía varias recámaras, una que daba a la calle, un solo baño pero muy grande, comedor, cocina enorme, bodegas y un salón con dos ventanales de cristal de más de diez metros de largo por cuatro de ancho, con chimenea, donde podría alojarse una magnífica biblioteca. Todas estas instalaciones rodeaban el patio central, con un jardín y una fuente de piedra labrada. El patio cerraba con una barda de adobe y un portón central por el que se llegaba al traspatio donde había otros cuartos grandes. Al fondo, una segunda barda de adobe con un portón de grandes

candados —hechos por herreros del Barrio del Cerrillo— cerraba la huerta y más allá, la última barda de adobe con que la casa concluía. Por encima de la barda se alzaba la torre del Arco del Carmen, propiedad de la Nena Torruco, hermana del conocido actor chiapaneco Miguel Torruco. La nena tenía fama de mujer violenta. La busqué, me recibió y hablé con ella por primera vez, le expliqué el motivo de mi visita, mi deseo de alquilar la casa, de compartirla con otros escritores...

—¿Estudiantes...? —me interrumpió inquiriendo.

—Sí, todos somos alumnos de la Escuela de Derecho, pero nuestra actividad principal es la literatura.

—¿Está entre ustedes mi primo Carlos Jurado?

—No. Se fue de San Cristóbal hace un tiempo.

—Menos mal —comentó en forma misteriosa.

Me invitó una taza de café que ella misma sirvió, me observó en silencio mientras yo bebía el líquido cargado.

—Eraclio te llamas y te dicen Laco, ¿verdad?

—Verdad.

—Contigo y sólo contigo voy a hacer trato. Y tú admites a quien quieras para habitar allí. Y tú serás el único responsable de lo que ocurra en esa casa. ¡Ah!, la renta es de mil pesos pero para ti la dejo en quinientos.

—Trato hecho.

La casona quedó distribuida así: Jaime Shelley pidió la recámara que daba a la calle, guardaba su camioneta entre el portón de ingreso y la fuente; yo me instalé en una recámara entre el comedor y el baño; Oscar Oliva escogió una recámara en el corredor, al lado de la cocina y la bodega. Mandamos hacer nuevos libreros, cada uno de nosotros incrementó notablemente la biblioteca que engalanamos con buena pintura salida de las manos de nuestros amigos Ventura y Prado. Daniel se instaló en

el traspatio buscando una privacidad mayor: “la necesito para que nazca mi poesía. Cuando llega ese instante, exilio del cuarto el despertador y me sumerjo en el ensueño que es el cómplice de la poesía”, asentaba. Pronto descubrí que Daniel temía a los espantos, cuando cantaba un tecolote que vivía en la huerta abandonaba su “clandestinidad” y cargando su cama plegadiza se instalaba en cualquiera de nuestras recámaras para dormir acompañado. Destinamos dos cuartos para huéspedes.

En la biblioteca, que llamamos “Miguel Hernández”, celebramos reuniones memorables con Jaime Sabines y su gran poesía. Con respeto y admiración, le dábamos a conocer nuestros escritos, de los cuales opinaba cuando alguno llamaba su atención. Después, mucho después de la medianoche, tomaba posesión de la mejor recámara para huéspedes. El poeta Enoch Cancino Casahonda, nuestro Noquis, estuvo de visita en distintas ocasiones regalándonos su humor y su buena poesía, pero nunca ocupó una recámara de huéspedes.

Carlos Navarrete, doctor en arqueología, catedrático de la Escuela de Antropología de la UNAM, investigador de la misma y personaje de la cultura latinoamericana, era entonces un joven guatemalteco que había llegado a Chiapa de Corzo para estudiar su zona arqueológica contratado por la Fundación Nuevo Mundo, financiada por los mormones. En Guatemala, había vivido la revolución democrática, respiró sus aires libertarios, se formó en el marxismo, conoció a Pablo Neruda e imitaba sus ademanes y tono de voz ante nosotros. En la ciudad de Guatemala, Carlos acudía a espectáculos de teatro, danza y música que sólo se podían ver en la capital de un país, conocía a Miguel Ángel Asturias, a Luis Cardoza y Aragón, los escritores más importantes de esa generación; conoció a don Manuel Galich, promotor de la revolución y muy joven secretario de

Educación, ministro de Relaciones Exteriores y finalmente embajador de Guatemala en Montevideo. Más cercanos a su edad, Carlos Navarrete fue amigo de Tito Monterroso, Carlos Illescas y Otto Raúl González, a quienes siguió tratando en el exilio en México a la caída de la revolución. Presenció el enfrentamiento del gobierno revolucionario del presidente Arbenz al poderío de la empresa transnacional United Fruit Company, que se sentía agredida por la reforma agraria que el gobierno desarrollaba en beneficio de sus más pobres campesinos. La United, con el apoyo de Estados Unidos, costó la rebelión de militares traidores encabezada por Carlos Antonio Castillo Armas (CACA, por sus iniciales) y Carlos Navarrete vio derrumbarse todo aquello en lo que había confiado y creído. Abandonó el territorio de su patria ensangrentada, como lo hicieron centenares de luchadores por la democracia, guatemaltecos y extranjeros, entre ellos el doctor argentino Ernesto Guevara de la Serna, quien todavía no era el *Che* cuando pasó a nuestro país por Tapachula y pidió asilo al gobierno mexicano.

Recién graduado como arqueólogo en la UNAM, Carlos Navarrete llegó a Chiapas. Nuestro encuentro fue natural, como si hubiéramos sido compañeros de hacía mucho tiempo; teníamos las mismas lecturas, compartíamos ideas, pero él había profundizado más en sus estudios y aprendimos de él. Nos guió en Filosofía y en Historia. Enriqueció nuestro conocimiento de las culturas chiapanecas y también nos enseñó a jugar fútbol y a bailar mambo.



En esa época, a mitad del siglo xx, México tenía una actitud equivocada con respecto a la población indígena. Se pensaba que los indios iban a desaparecer e iban a ser gozosamente integrados al resto de la comunidad mexicana y se iban a disolver. Por fortuna, los indios resultaron más tercos y más constantes que los mestizos. Ahora hay una mayor población indígena que hace cincuenta años. Han logrado tener seguridad sobre su propia cultura y su propia lengua. Tal vez el aporte más grande del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el año 1994 fue haber puesto ante los ojos de otros mexicanos la situación tan difícil de la población indígena. La vida venció a la muerte.



## LOS PASOS PARA EL CAMBIO



**E**LVA y yo tuvimos una oportunidad única siendo jóvenes, vimos tres momentos de la revolución: vimos nacer una, la cubana. No hay momento más impresionante que el surgimiento de una revolución, para un joven es un espectáculo inolvidable y formativo, fue un privilegio vivirlo. Después conocimos una revolución en crisis, como fue la china en el momento en que llegamos, cuando enfrentaba gravísimas dificultades económicas y un dirigente de reconocimiento mundial como era el presidente Mao Tse Tung, quien armó la revolución cultural para distraer a su pueblo y tapar grandes errores. Y vivimos una revolución como la soviética, que pasaba por cambios. Cuando llegamos a Moscú todavía estaba en el poder Nikita Kruschev —Jrushov era la pronunciación en ruso—, interesantes fueron sus búsquedas de renovación y atestiguamos su derrocamiento. En la televisión vimos, como alegoría de su derrota, una transmisión en vivo cuando los altos dirigentes estaban hablando con los cosmonautas desde su nave espacial y él clamaba ante

las cámaras: “Me están quitando el micrófono, me están quitando el micrófono”. Brezhnev lo sucedió, era un burócrata aburrido que atrasó el desarrollo soviético y luego a él lo sucedió una troika hasta la llegada de Gorbachov, con sus innovaciones que le permitieron construir un brillante gobierno. Durante su gestión, Elva y yo tuvimos una invitación para participar en Moscú en una magna concentración mundial de artistas, intelectuales, líderes de opinión políticos y religiosos, científicos, grandes hombres de empresa y antiguos jefes militares que estuvieron a cargo de asuntos atómicos en diversos países, interesados todos en la paz mundial, la reunión se llamó “Por un mundo desnuclearizado”. Gorbachov fue derrocado y poco después la Unión Soviética desapareció junto con todo el campo socialista, cerrando un ciclo mundial de casi noventa años.

Los tres momentos de la revolución socialista que vivimos fueron una gran enseñanza. Cuba, al principio de los años sesenta, era habitar el ojo del mundo, su centro más vivo. Muchos personajes de importancia planetaria llegaban a La Habana: escritores, destacados intelectuales, artistas, los encontrabas en sus plazas, foros, universidades, centros culturales, aulas de conferencias y hasta en las calles de la ciudad. Lo mismo pasaba en Moscú. China en aquellos años estaba más aislada pero también era apasionante vivir sus cambios. Ahora es un centro importante de la economía mundial. De ahí aprendí que el socialismo que deseábamos debía ser necesariamente democrático; si no es así, por desgracia, se parece demasiado al fascismo.

En Moscú, Elva y yo tuvimos la fortuna de hacer amistad con Pablo Neruda y Miguel Ángel Asturias. Llegaban acompañados por sus esposas, Matilde Urrutia y Blanca de Asturias. Alternaban como jurados del Premio Lenin Internacional de la Paz. Pablo Neruda, incluso, llegó a poner como condición

para aceptar invitaciones que Elva y yo, los mexicanos como él nos decía, lo acompañáramos. A Miguel Ángel Asturias era un placer tratarlo, nuestras conversaciones eran como entre chiapanecos, nos encantaba contando su vida en Guatemala y en el exilio. Un día paseábamos por la Plaza Roja, al fondo estaba la Catedral de San Basilio con sus cúpulas como cebollas multicolores, y tras de ellas apareció el planeta Venus en el horizonte. Le pregunté:

—Oiga usted, don Miguel Ángel, ¿y cómo le dicen en Guatemala a ese planeta? —Deseaba oírle decir “Le llamamos el nixtamalero” como le decimos en Chiapas porque aparece en la madrugada. Observó al lucero y respondió:

—Allá le decimos estrea, nada más.



Cuando regresamos al país, después de vivir varios años en el extranjero, nos enfrentamos a una situación difícil: prejuicios enormes de anticomunistas. Cómo darle trabajo a Eraclio Zepe-da que fue miliciano en Cuba, profesor que participó en el sistema superior de educación en China y periodista varios años en Moscú como corresponsal del periódico del Partido Comunista. Don Juan Rulfo era uno de los coordinadores del Centro Mexicano de Escritores, que otorgaba becas de creación literaria. Con su apoyo me dieron una de ellas, que habría sido magnífica para nuestra economía familiar, pero Arnaiz y Freg, consejero del Centro, la canceló por razones políticas. Con coraje, don Juan logró que Elva obtuviera la beca de jóvenes creadores. Es el periodo en que experimenté discriminación por razones ideológicas aquí en nuestro país; después, al poco tiempo, todo cambió porque obtuve un buen trabajo. Pero esa ya es otra historia.

Viví otros días en los que también sufrí discriminación política, emanada de mis antiguos amigos y compañeros. Cumpliendo una obligación moral inaplazable e imprescindible, acepté tener un puesto en el gobierno por primera y única vez en mi vida. En ocasiones anteriores había desempeñado tareas culturales, encabezando proyectos personales, pero nunca como funcionario público. En diciembre de 1994, durante los difíciles momentos posteriores a la insurrección zapatista, acepté ser secretario general de gobierno, la segunda posición política de importancia en el estado de Chiapas. El gobernador, mi amigo Eduardo Robledo, al ofrecerme el cargo que no busqué, estuvo de acuerdo conmigo en que yo mantendría una posición independiente, respetando mis puntos de vista cuando pudieran llegar a ser discrepantes. Mis razones fueron claras y sencillas: yo no quería un baño de sangre en mi tierra y conocía a las partes enfrentadas. Sabía que podía aportar un camino para el diálogo, como se hizo y se logró. Tres años me desempeñé como secretario de Gobierno; en ese periodo, algunos de los que creía amigos y compañeros me atacaron de manera aviesa y desvergonzadamente me endilgaron crímenes que por supuesto no cometí. Con el tiempo fueron aclarándose aquellos acontecimientos. Los fétidos lodos que habían sembrado, secos ya, fueron esparcidos por el viento de la historia. No faltó quien posteriormente me tratara de achacar el grave error de Acteal, si cuando eso sucedió yo tenía ocho meses fuera de toda responsabilidad política en Chiapas y estaba viviendo en la Ciudad de México.



Cuba, abril de 1961, península de Zapata: las milicias cubanas habían derrotado la invasión contrarrevolucionaria patrocinada por los Estados Unidos de América. En la foto me encuentro en Playa Girón.



## LOS PASOS DEL NARRADOR



**D**URANTE la crisis del Caribe, en octubre del año 62, volví de la Habana a Santiago de Cuba para incorporarme a la División 50, que era mi unidad militar y en la cual era yo comandante de un batallón. Ahí me sucedió algo que guardo como uno de los momentos más afortunados que he vivido.

Venía acompañado de Nils Castro que también era oficial. Pasamos junto a un campo de fútbol y estaban jugando algunos muchachos, alumnos nuestros; nos pidieron que jugáramos con ellos y aceptamos. Nils que era muy ágil, jugó como centro delantero y yo, que era bastante más lento, hice de portero. Nos quitamos el casco, las armas, el parque y la mochila. De pronto llegó un *jeep*, yipi dicen los cubanos, se detuvo y bajó del carro un soldado rebelde. Escuché que le decía a uno de los muchachos:

—Ahí en el yipi hay un compañero que quiere jugar y pide permiso para incorporarse.

—Sí, sí, que venga, respondieron.

El soldado regresó y el que venía manejando abrió la puerta, saltó del yipi, se quitó la camisa, se despojó de su pistola y empezó a caminar. El defensa que estaba adelantito mío, hizo un gesto muy cubano, golpeando el puño cerrado de la mano derecha contra la palma extendida de la izquierda y exclamó:

—¡Concho, si es el *Che*!

Y sí, era el comandante Ernesto *Che* Guevara que quería jugar futbol con nosotros. Es uno de los grandes privilegios que he experimentado en la vida, jugar con él.

Nils Castro se metió en un lío, como era centro delantero hubo un momento en que llegó hasta la portería del *Che* y el comandante se le echó encima para quitarle la pelota que venía dirigiendo entre los pies. Nils pegó un salto para no golpearlo y el *Che* se puso furioso:

—Si no fuera yo comandante ¿hubieras saltado? No seas tonto, yo soy aquí un jugador igual que tú.

—Pues sí, será usted igual, pero yo salté.

De esa época recuerdo con gusto los ratos de conversación en las noches o en las tardes. A mis compañeros de armas les gustaba que recapitulara lo que habíamos visto durante el día. Pero nada más el narrador se fija en los detalles singulares o en el instante donde aparece el alma del cuento. Lo mismo me pasaba en Tuxtla en la escuela primaria o en la secundaria o en otras reuniones, la gente rodeando las conversaciones que inventaba. Para mí era, y es, un placer enorme el poder regalar alegría en las conversaciones y describir hechos históricos que he vivido o sobre grandes personajes a los que he tratado.

Cuando vivíamos en San Cristóbal, el grupo de jóvenes amigos teníamos fallas culturales grandes, entre ellas la educación musical. Un día pasó por San Cristóbal un joven español, era la primera vez que veíamos un español recién llegado de España.

Conocíamos a los republicanos que habían salido de su patria por la derrota ante Franco, éste recién venía de España. Lo encontramos en la plaza central y lo invitamos a que se quedara en nuestra casa varios días; fue muy interesante conversar con él, ver la visión de su patria que nos revelaba. Cuando siguió su viaje a pie por Centroamérica nos regaló un disco con música de Vivaldi, no lo conocíamos. Eran las *Cuatro estaciones*. Pusimos el disco en el fonógrafo y nos fascinó: aquella emoción enorme ante la primavera, el verano, el otoño, el invierno una y otra y otra vez. Todo el tiempo lo oíamos. Los vecinos se aficionaron a la música que por primera vez escuchaban. Nos pidieron permiso para entrar a nuestra casa y escuchar más cerca a Vivaldi. Pronto corrió la voz de que podía escucharse una música del cielo y el presidente municipal, que los domingos ponía música por altoparlantes en el parque, nos pidió prestado el disco. En esa época no se podían hacer copias de discos, así que con nuestro permiso mandaba a dos policías a recoger el disco en nuestra casa y la gente lo escuchaba en el parque, todo el mundo estaba feliz.

Hasta que un día llegó de México a San Cristóbal un pianista, amigo nuestro. Quisimos presumirle:

—Mira qué disco tenemos, es Vivaldi, mano.

—A ver a ver —comentó y quiso colocarlo en el tocadiscos. Le gané el ademán y fui yo quien lo puso en el aparato.

Me senté y con los ojos cerrados me dispuse a disfrutar aquella maravilla. Pero nuestro amigo músico saltó de su asiento y se dirigió al aparato.

—Qué, ¿no te gusta? —pregunté desconcertado.

—Sí, sí, pero este disco no es de sesenta y ocho revoluciones, es de treinta y tres. Hacía meses que habíamos estado escuchando el disco en la revolución equivocada.

En la casa paterna me marcó para siempre la biblioteca. Fue un punto nodal en la vida diaria de la casa. En realidad teníamos dos tipos de bibliotecas: la biblioteca de libros, que venía desde la finca de la bisabuela Juana, y la otra, la biblioteca de palabras.

Después de la comida se organizaban sobremesas. Mi papá era un gran relator de historias, inventor de narraciones que nacían de sus labios ante nuestros oídos asombrados. Por la ciudad, Tuxtla Gutiérrez, empezó a correr el rumor de que en la casa de don Laco se contaban sucesos muy interesantes, no importaba si habían ocurrido o no, eran regalos que se recogían cada tarde. Mucha gente llegaba a la sobremesa a tomar café y a escuchar lo que mi papá, mis tías y tíos desgranaban, como prestigitadores. Llegaron nuevos contadores de historias, primero vecinos de la calle, del barrio de San Roque y después de toda la ciudad, seguidos por narradores de otras ciudades de Chiapas. Se sabía que en mi casa, en la biblioteca de palabras, se contaban historias formidables. Así pues, desde muy chamacoco, supe apreciar, aplaudir y gozar la capacidad de imaginación, de invención. Cuando hablo de este tipo de narradores, estoy nombrando a los que inventan un relato en el momento mismo de expresarlo, no del que repite un cuento escuchado. Estoy hablando del cuentero, del que saca de la nada algo que no existía antes de que él empezara a conversar. Esto era lo que ocurría en la casa de mi padre.

Entre los cuenteros se establecen normas, no escritas, de una convivencia poco democrática. En sus reuniones no es fácil tomar la palabra. Existe un largo proceso que hay que cumplir, una ruta curricular, digamos, para alcanzar el derecho a hablar en público. Hay gente que ve pasar semanas tratando de contar una historia y otros cuenteros se lo impiden porque aún no tiene méritos para ello.

Una afortunada tarde venía a caballo, rumbo a la finca de mi padre y llegué a un poblado que se llama Rayón, en Chiapas. Al llegar a unas grandes bodegas para almacenar maíz empezó a lloviznar y busqué refugio bajo techo. Encontré una reunión circular de viejos que estaban contando historias. Reconocí al presidente municipal, pues en un viaje anterior había invitado a mi papá a tomar un refresco en su casa. Como saludo se me ocurrió preguntarle:

—Oiga usted, señor presidente ¿y por qué este pueblo se llama Rayón?

—Mira, fijate bien —me ilustró el presidente—, aquí llegó un ingeniero, compuso su teodolito, marcó donde iba a pasar el camino y luego en el mapa puso un rayón. Por eso es que se llama así.

En realidad se llama así por López Rayón, un héroe de la lucha por la independencia nacional, pero la gente lo ha olvidado. La lluvia crecía y la bodega se convirtió en una asamblea con los ciudadanos que buscaban refugio. Pero el círculo original de viejos se respetó. Algunos empezaron a repartir botanas.

—Con esto ya comí, pero si hay botanas puede ser que lleguen las copitas.

Y llegaron. Me vieron chamacón, lo pensaron un poco y me dieron un traguito. Y a la tercera copa cometí la audacia más grande que podía intentar en ese momento: me lancé a contar sin tener el derecho, por mi edad y por no ser miembro de la comunidad reunida. Se me quedaron viendo con sorpresa. Me sentí asediado por los ojos más fríos que había visto jamás, reprochando mi atrevimiento. Saqué fuerza de flaqueza y seguí contando, contando, contando. Noté que algunos ojos empezaban a cobrar cierto calor, cierto color, y se entrecerraban para preparar una sonrisa, otros les secundaron y después de

la sonrisa vino la risa, la alegría y movimientos de arriba para abajo de la cabeza, como diciendo sí, sí, cómo que no. Y cuando cerré mi relato, el más viejo de todos me preguntó:

—¿De dónde venís, cuentero?

Y yo, por dentro supe que me había graduado de cuentero. Al llegar a la finca, le conté a mi padre lo sucedido.

—No lo vuelvas a hacer hasta que te ofrezcan el turno.



Siempre supe que yo iba a ser escritor, tal vez se lo debo a la biblioteca de palabras y a la biblioteca de libros. Tuve magníficos maestros de primaria, en la secundaria fue distinto, a causa de que se estipuló que los maestros debían ser profesionistas no maestros normalistas, como los que nos habían educado en la Tipo. Y en esa época los únicos profesionistas eran ingenieros, médicos y abogados. Los ingenieros, como siempre, eran muy serios, se limitaban a enseñarnos álgebra, matemáticas, cálculo infinitesimal, a veces química, inclusive. Los médicos eran un poco más audaces, además de enseñarnos biología y anatomía, incursionaban en asuntos filosóficos como la ética, por ejemplo.

Pero los abogados le entraban a todo. Entre ellos había un personaje siniestro, que era licenciado. Se ufanaba de que en toda su vida había leído sólo tres libros: *Derecho Civil II*, *Derecho Penal IV*, *Introducción al Estudio del Derecho*; era el maestro de literatura.

El horario de la clase era espantoso: a las tres de la tarde con cerca de cuarenta grados de temperatura bajo un techo de lámina. Además, todos estábamos enamorados, habíamos descubierto la manita sudada en la matiné. Oíamos la clase al lado de nuestras novias, escondiditos, tomados de la mano, con

aquel calor insoportable y con un maestro más insoportable aún. En una clase nos advirtió:

—Ahora vamos a leer un libro muy aburrido, se llama *Don Quijote de la Mancha*. Es muy difícil, ¿eh?, muy difícil. Yo creo que les voy a dar tres meses para que lean el primer capítulo, a ver si le entienden algo.

Al llegar a la casa comenté con mi papá la opinión que el licenciado tenía del *Quijote*.

—Te voy a leer —me dijo por todo comentario. Y me leyó fragmentos del *Quijote* que se me revelaron como prodigiosos.

Cerca de nuestra casa vivía un señor formidable, abuelo del poeta Óscar Oliva. Se llamaba don Lindo Oliva, el único libro que había leído en su vida era precisamente el *Quijote* y nos contaba a los niños las peripecias del caballero andante. Por él y por mi papá descubrí que don Quijote y Sancho Panza hablaban como nosotros los chiapanecos, de vos, porque conservamos un lenguaje que tiene más del siglo xvi que del siglo xx. Don Lindo Oliva cada sábado nos platicaba nuevas historias y nosotros inmediatamente buscábamos el libro para leerlas directamente de don Miguel de Cervantes. Y así fue como le ganamos la partida al licenciado.

Los comentarios de don Lindo nos llenaban de admiración. Cuando había una gran fiesta nos decía:

—Son las bodas de Camacho —Y como en Chiapas hay una Camachada enorme, cientos de integrantes de la familia Camacho, la gente se preguntaba: ¿qué Camacho será? Y nosotros buscábamos en el libro.

Una tarde festejaron grandemente a su nieto mayor que se había graduado de abogado. Don Lindo Oliva presidió un gran banquete y el presidente municipal fue invitado. Don Lindo levantó su copa, miró fijamente a los ojos de su nieto y le dijo:

—Si alguna vez doblegareis la vara de la justicia, que sea por el peso de la misericordia y no por el de la dádiva.

Todo mundo aplaudió y el presidente municipal comentó en voz alta:

—¡Qué bellas palabras! ¿Las dijo el presidente López Mateos?

—¡Imbécil! —le respondió don Lindo— ¡Este es uno de los consejos que don Quijote le dio a Sancho Panza para gobernar la Isla de Barataria!

En Tuxtla Gutiérrez empezó un periodo de gran transformación para modernizarla, decían las autoridades. Se ensanchaban las calles, se abrían plazas y demás mejoras. Esto me trajo algunas consecuencias en mis antecedentes porque la recámara donde mi mamá me dio a luz fue derribada por la piqueta modernizadora para ampliar la calle y convertirla en avenida, la primera avenida Sur. Y mi escuela primaria, la escuela Tipo, también fue derribada para aumentar el terreno del parque central. Ahora resulta que yo, a mis setenta y cuatro años, nací en la calle y me eduqué en el parque.

Desde joven, por fortuna tuve trato con escritores, no nada más de mi generación. Fui siempre amigo de escritores viejos a quienes les gustaba conversar conmigo. En La Habana conocí a uno de los grandes poetas chinos contemporáneos, Kuo Mo Jo, quien me invitó a China para ser profesor en Pekín. Hablaba francés. También en Cuba tuve una estrecha amistad con don Félix Pita Rodríguez, que en los años treinta, antes de la guerra civil española, había vivido en Marruecos, donde vestía como árabe, luego en Madrid participó en intensas y prolongadas tareas de solidaridad con la República que combatía contra los fascistas. En aquellas jornadas de solidaridad participaron numerosos mexicanos que don Félix recordaba con afecto: el

escritor Juan de la Cabada, el músico Fermín Revueltas, el poeta Octavio Paz, la muy bella Elena Garro. En La Habana, asimismo, conocí a don Alejo Carpentier, a quien tanto admiro.

En Moscú, como ya he dicho, tuve la fortuna de conocer a Pablo Neruda; tratarlo era recorrer el mundo, un hombre tan lleno de facetas y atractivos y de generosidad sin límites.

Visitamos en París a don Miguel Ángel Asturias, cuando fue Embajador de Guatemala. A Elva y a mí nos tocó acompañarlo a él y a su esposa, doña Blanca, en el cambio de sus sencillos equipajes y trebejos de un modesto hotel, a pesar de su pretencioso nombre, Grand Hotel des Balcons, en la calle Casimir de la Vigne en el Barrio Latino, donde ellos y nosotros nos alojábamos, a la residencia de embajador de Guatemala que ocupó por algunos años. Pablo Neruda y Miguel Ángel Asturias son premios Nobel, ninguno de los dos había sido premiado cuando los conocí.

Y un tercero, don Octavio Paz, que era embajador de México en la India cuando lo conocí en Nueva Delhi.

Don Octavio era un hombre parco y reservado, celoso de preservar su vida privada, sin embargo la tarde en que lo conocí me invitó a comer en su casa, luego me repitió la invitación a la hora de cenar y estuvimos hasta las cinco de la mañana platicando. Años después publicó *Poesía en movimiento*, antología de la poesía mexicana, recopilación que hizo con tres colaboradores. Para mi sorpresa en el prólogo, escrito por él, leí un párrafo generoso sobre mí. Años después nos volvimos a encontrar. Lo escribió en Nueva Delhi el 17 de septiembre de 1966:

La primera y única vez que vi a Eraclio Zepeda me pareció, en efecto, una montaña. Si se reía, la casa temblaba; si se quedaba quieto, veía nubes sobre su cabeza. Es la quietud, no la

inmovilidad. Un signo fuerte: la tierra áspera que esconde tesoros y dragones. Un lugar donde viven los muertos y los vivos guerrear. Uno de los mejores poemas de Zepeda es Asela: el hombre que mira a la mujer tendida, el monte frente al mar extendido.



Tres antiguos cadetes militares y tres chiapanecos formamos *La espiga amotinada en 1959*, éramos cinco jóvenes poetas. Éramos cinco y no seis, como dije antes, porque yo era cadete y chiapaneco. En la foto estamos en la Ciudad de México; falta Juan Bañuelos, que no estuvo ese día con nosotros. Este fue uno de los primeros pasos por la literatura: *Benzulul*, *La Espiga Amotinada*, *Ocupación de la palabra* y *Asalto nocturno*.





*Los pasos de Laco*  
*Entrevista a Eraclio Zepeda Ramos*  
Mario Nandayapa

Impreso en los Talleres Gráficos de la Dirección  
de Publicaciones del Instituto Politécnico Nacional,  
Tresguerras 27, Centro Histórico,  
Deleg. Cuauhtémoc, CP 06040, México, DF  
Agosto de 2013. Edición 500 ejemplares.

Ana Margarita Solís Montaña  
CORRECCIÓN, CUIDADO EDITORIAL Y FORMACIÓN

Jesús Hernández Hernández  
FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Laura Rocío Ramos Osorno  
DISEÑO DE PORTADA